

CARLOS DE BATLLE Y SU GALERÍA DE CELEBRIDADES FRANCESAS

POR

ESPERANZA COBOS CASTRO

La pluma de Carlos de Batlle¹, en toda ocasión gallarda y brillante, leal reflejo de su vasta formación, fue el vehículo a través del cual el lector de la prestigiosa *Ilustración Española y Americana*² tuvo conocimiento de los perfiles biográficos de un nutrido conjunto de personalidades del mundo francés. A lo largo de más de un lustro, y estando, en cierto sentido, al frente de la corresponsalía de la revista en París, tuvo a su cargo la sección de «Celebridades contemporáneas», por la que fueron desfilando, número tras número, y en singladura acompasada, los nombres más destacados en el ámbito del arte, de las ciencias, de la política o de las ideas. De esa armoniosa y preclara galería —operando una siempre enojosa selección— he retenido una treintena³ de nombres, identificables unos, prácticamente

¹ Seudónimo utilizado por Francisco Beltrán y de Torres. Véase IBN. *Index Bio-Bibliographic notorum hominum*, Edidit. Jean Pierre Lobies, Osnabrück, Biblio-Verlag, 1975; OSSORIO Y BERNARD, Manuel: *Ensayo de un catálogo de periodistas españoles del siglo XIX*, Madrid, J. Palacios, 1903-1904; PONCE DE LEÓN, Eduardo, y ZAMORA LUCAS, Florentino: *1500 seudónimos modernos de la literatura española (1900-1942)*, Madrid, Instituto Nacional del Libro Español, 1942; RODRIGAS I CALMBELL, Josep: *Els pseudònims usats a Catalunya*, Barcelona, Millà, 1951.

² *La Ilustración Española y Americana*, continuación del *Museo universal* (1857-1869), fundada por el gaditano Abelardo de Carlos, publicó su primer número el 25 de diciembre de 1869 y el último el 30 de diciembre de 1921. Esta revista, de calidad muy superior a todas las que la habían precedido, hacía profesión de independencia política, de estricta neutralidad en la lucha de los partidos y se preciaba de dar cabida en sus páginas a todas las ideas. Combinaba la información sobre los sucesos de actualidad con la divulgación de temas artísticos, literarios, históricos y científicos. En el aspecto gráfico era excelente, pues Ortego, Capuz, Miranda o Comba colaboraron en ella. Véase SEOANE, María Cruz: *Historia del periodismo en España*. 2. El siglo XIX, Madrid, Alianza editorial, 1983, pág. 283.

³ Frédéric Masson, Charles Richet, Maurice Donnay, Antonin Lavergne, Pierre Valdane, Jean Bertheroy, Jean Dornis, René Bazin, Gabriel Nigond, Romain Rolland, Jules Bois, Claude Farrère, Maurice Barrès, Francis Charles, Paul Doumer, Pierre de Bouchaud, Daniel Lesueur, Joséphin Peladan, Maurice Montégut, Anna de Noailles, Émile Moselly, Tancrède Martel, Paul

desconocidos para el lector español de 1987 otros, de los que me iré ocupando a partir de este primer trabajo.

Todas estas biografías son, a no dudar, fruto de un conocimiento directo e inmediato, habiendo sido redactadas la mayoría de ellas momentos después de una entrevista personal con el biografiado, por lo que rezuman todas la tersura de lo espontáneo y constituyen una honesta expresión de la vivencia de la cotidianidad. Lejos de actuar como desfigurante del perfil presentado, por el riesgo que puede implicar de embellecimiento interesado de la realidad, esa corriente de conocimiento mutuo confiere a la serie de artículos un valor documental del que carecen, a mi juicio, las noticias que, de los mismos personajes, pueden ofrecer manuales, diccionarios y otros. Configuración física y moral; pequeños gustos y manías; esfuerzos, anhelos o esperanzas, contribuyen a diseñar el perfil humano y profesional de cada uno de los entrevistados, enriqueciendo la visión pobre y aséptica que, de la mayoría de ellos, posee el historiador de la literatura francesa, sin que se llegue por ello a desbordar los límites de la concisión expositiva inherente a este tipo de publicaciones.

La Ilustración —ya tuve ocasión de señalarlo en otros trabajos de mayores dimensiones que el presente—, sin tener una finalidad prioritaria de carácter literario, reservó no obstante un amplio porcentaje de sus columnas a la difusión del arte y de las letras de origen nacional o importados. En un órgano periodístico tan favorablemente sensibilizado al palpitar de su momento cultural, la presencia francesa supuso siempre una constante acorde con el gusto del lector español, ávido de conocer e imitar las orientaciones socio-literarias del país vecino. Traducciones, ensayos, biografías, reseñas de obras francesas representadas en España, etc., se suceden en las páginas de la revista, colaborando en la tarea de difundir en España las corrientes de pensamiento y de creación francesas. Muchos de estos trabajos llevan la firma de Carlos de Batlle⁴. Ello nos conduce a una primera y elemental

Hervieu, Alfred Capus, Marcel Prévost, Tristan Bernard, Paul Adam, Émile Faguet, Jules Lemaitre, Melchior de Vogüé, Gyp, y Jules Charette.

⁴ Además de las numerosas obras de creación, Carlos de Batlle destacó en su faceta como traductor. Estas son las obras traducidas del francés, editadas en París y conservadas en la Biblioteca Nacional de esta ciudad: BOURGET, Paul: *Monique. Les Gestes. Reconnaissance. Trois récits de guerre*, París, Plon-Nourrit et Cie, 1902, 8.º Y² 53151; *Mónica. Los Gestos. Agradecimiento. Tres narraciones guerreras*, París, Garnier, 1921, 8.º Y² 65532. CAROL, Jean: *Socur Jeanne*, París, P. Ollendorff, 1894, 8.º Y² 48926. *Sor Juana*, París, P. Ollendorff, 1910, 8.º Y² 58047. DROZ, Gustave: *Les étangs*, París, J. Hetzel, 1875, Y² 28447; *Los estanques*, París, P. Ollendorff, 1909, 8.º Y² 57743. FARRÈRE, Claude: *Mademoiselle Dax, jeune fille*, París, P. Ollendorff, 1911, 8.º Y² 59621; *La Señorita Dax*, París, P. Ollendorff, 1909, 8.º Y² 57774. GAUFFIER, Judith: *Les Princesses d'amour (courtisanes japonaises)*, París, P. Ollendorff, 1900, microficha 18404; *Princesas de amor*, París, P. Ollendorff, 1907, 8.º Y² 562555. LEMAITRE, Jules: *Les Vieux livres*, París, H. Leclerc, 1905, 8.º Q Pièce 1711; *Al margen de los libros viejos*,

conclusión: Carlos de Batlle, al actuar como «agent de liaison» o intermediario literario —según la célebre fórmula de Paul Van Tieghem⁵— entre las dos culturas que tanto conoció y propagó, y entre las que estableció con frecuencia un maridaje de dilatadas coordenadas, abre una fecunda vía en la conciencia del cosmopolitismo literario, en el combés de la literatura comparada, en definitiva.

La serie de trabajos dedicados al estudio de los intercambios literarios internacionales no hace sino aumentar, así como las series bibliográficas que recogen las relaciones binarias entre literaturas nacionales. Por lo que se refiere a las relaciones franco-españolas, merecen señalarse la *Bibliografía hispano-francesa de 1477 a 1700*, de Raymond Foulché-Delbosc⁶, completada por la *Bibliography of Franco-Spanish literary relations until the century*, de Lois Strong⁷; la ofrecida por J. Cejador en su *Historia de la lengua y la literatura castellana*⁸; *For studies in France-Spanish relations*, de R. Hilton⁹; los *Temas españoles en las letras y en el arte francés de hoy*, publicados por Instituto francés en España¹⁰; *Romantique Espagne*, de L. F. Hoffmann¹¹; la *Bibliografía Francoespañola (1600-1715)*, de A. Gioranescu¹²; o la *Bibliografía de la Literatura hispánica*, de J. Simón Díaz, en su capítulo de «Relaciones con otras literaturas: Francia»¹³. En todas ellas, sin embargo, se concede prioridad al siglo XVII, siendo muy escasos los trabajos reseñados que aborden otros períodos, sobre todo los concernientes a la primera década del siglo XX. Esta circunstancia añade un interés complementario a los numerosos artículos de Batlle, que constituyen un conjunto coherente y que, por separado, alguno de ellos es, muy probablemente, la única fuente de información española del momento sobre determinadas personalidades galas.

París, Ollendorff, 1910, 8.º Z 17949. LORRAIN, Jean (Seud. de Paul-Alexandre-Martin DUVAL): *Monsieur de Phocas*. Astarté, París, P. Ollendorff, 1901, microficha 14895; *El Señor de Phocas*. Astarté. Tours, Deslis hermanos, 1906, C 3627. MELEGARI, Dora (= FORSAN): *Dans la vieille rue*, París, Ollendorff, 1885, 8.º Y² 7735; *En la calle vieja*, París, Ollendorff, 1909, 8.º Y² 57490. OUNET, Georges: *L'Aventure de Raymond Dhautel*, París, P. Ollendorff, 1910, 8.º Y² 58117; *Raimundo Dhautel*, París, P. Ollendorff, 1910, 8.º Y² 58717; OUNET, Georges: *La Route rouge*, París, P. Ollendorff, 1908, 8.º Y² 56817; *La senda roja*, París, P. Ollendorff, 1908, 8.º Y² 57097.

⁵ En *L'Année littéraire (1754-1790), comme intermédiaire en France des littératures étrangères*, París, F. Rieder, 1917, Col. «Bibliothèque de littérature comparée», Sign. 8.º Z 20266.

⁶ Nueva York, 1912-1914, 3 volúmenes.

⁷ Nueva York, Institute of French Studies, Columbia University, 1930.

⁸ Madrid, 1934, t. XIV.

⁹ Toronto, The University of Toronto Press, 1943.

¹⁰ Madrid, Instituto francés en España, 1957.

¹¹ Princeton, 1961.

¹² Madrid, Real Academia Española, 1977.

¹³ Madrid, C.S.I.C., 1983, 3.º ed.

Es incuestionable que al haber sido redactados en momentos distintos de la existencia de los biografiados, cuando, en algunos casos, su producción no ha hecho sino comenzar, la visión obtenida al recorrer la galería batlleriana resulta, infaustamente, incompleta, inconveniente que he procurado salvar, siempre que ha sido posible, completando los datos, sobre todo en aquello que se relaciona con las coordenadas biográficas y de creación, con el fin de que el lector obtenga la visión más integral posible de cada personaje en cuestión¹⁴.

Ello no obstante, sería improcedente no reconocer que, en algunos casos, y gracias al grado de intimidad que el publicista mantiene con el personaje, se obtiene una preciosa información arduamente conseguible por otros medios, acerca, por ejemplo, de obras que fracasaron o que languidecieron, ignotas y silentes durante años, en las empolvadas estanterías de los libreros.

Completa el valor documental de cada artículo la presencia de un texto del autor francés que el corresponsal se encarga de traducir exclusivamente para la *Ilustración*, así como la reproducción de fotografías y de autógrafos redactados en lengua castellana.

En este primer artículo pretendo ocuparme de diez nombres masculinos —bajo tres de los cuales se ocultan tres vibrantes personalidades femeninas— unidos por un hilo conductor que les lleva del amor a su terruño natal al exotismo de países alejados geográfica y culturalmente, pasando por una confesada admiración hacia España y hacia la idiosincrasia de sus gentes. Me refiero a Jean Bertheroy, Jean Dornis, René Bazin, Gabriel Nigond, Jules Bois, Claude Farrère, Daniel Lesueur, Maurice Montégut, Émile Moselly y Tancrède Martel.

Todos, a excepción de René Bazin, permanecen actualmente en el más absoluto olvido. Sus obras, que alcanzaron en su momento cifras de edición sorprendentes, son hoy raramente editadas, por lo que su consulta se hace difícil fuera de las bibliotecas especializadas o los tenderetes de los «bouquinistes». Son asimismo raros los estudios que les son dedicados. Ello me ha llevado a considerar de utilidad la elaboración de un anexo constituido por textos y bibliografía. En siete de los diez casos presentados se reproducen los textos que, seleccionados y traducidos por Carlos de Batlle, vieron la luz en la *Ilustración*. En dos casos, los correspondientes a Jean Bertheroy y Tancrède Martel, que carecían de texto, los he seleccionado y transcrito personalmente, como queda indicado en nota. En una ocasión, la referida a René Bazin, he sustituido el texto existente en la revista por otro que me ha parecido de mayor interés para un lector español, circunstancia esta que

¹⁴ El lector no tendrá problema para localizar estos datos añadidos observando la fecha de publicación del artículo de Batlle.

queda igualmente recogida en nota. La bibliografía ofrecida es la que se conserva en la Biblioteca Nacional de París, a cuya signatura corresponden las cifras indicadas en el último lugar de cada reseña.

* * *

JEAN BERTHEROY

Seudónimo de Berthe-Jeanne-Corinne Le Barillier.

En la página 22, de 15 de enero de 1908, año LII de la *Ilustración*, al iniciarse el artículo dedicado a esta personalidad, puede leerse: «... Tomé el tren, llegué a Montmorency, ese rincón tan delicioso como olvidado de los alrededores de París, pasé por delante de la casita que Madame de Epinay regaló a Juan Jacobo, casita en la cual el ilustre oso terminó *La Nueva Eloísa* y escribió el *Contrato social* y *Emilio*, y momentos después llamaba a la puerta de la brillante poetisa y noveladora sin par que ha dotado a la moderna literatura francesa con tantas y tan potentes obras».

No es sino la novelista nacida en Bordeaux el 24 de julio de 1868. Hizo su debut en las letras con una colección de poemas titulada *Vibrations* (1887), a la que seguirían sin tardar *Marie Madeleine*, que gozó de un prefacio de François Coppée, y *Femmes antiques*, su tercera recopilación de versos. «Incluso el lector más indulgente —opina P. Leguay¹⁵— tendría que admitir hoy que estos versos adolecen de una extrema inconsistencia.» Es posible que la autora fuera consciente de ello, pues al publicar en 1891 su *Cléopâtre*, abordando el ámbito de la novela histórica, se alejó definitivamente de la poesía. En 1893, en la misma colección de la editorial A. Colin en que se había publicado *Cléopâtre*, se presentó *Ximénès*, obra que sigue muy de cerca la historia personal del célebre cardenal Cisneros. *Le Mime Bathylle* transcurre en Roma, en tiempos del emperador Augusto; *La Danseuse de Pompéi*, que constituyó su primer gran éxito, cuenta los amores de Nonia la bailarina con Hyacinthe, el «camille» de Apolo. Siguen en la misma línea evocadora del mundo antiguo: *La Beauté d'Alcias* (1905), *Les Délices de Mantoue* (1906) y *Sybaris* (1907).

Es en 1908 cuando, atendiendo la visita del periodista español, rememora Jean Bertheroy sus recuerdos juveniles asociados a España y concretamente a una de sus más atractivas ciudades:

«Hablar de España es cosa que siempre me satisface (...) Los meses que pasé en Toledo admirando sus bellezas y revolviendo documentos para mi libro *Ximénès*, mi primer libro¹⁶ y mi primer premio de la Academia Fran-

¹⁵ LEGUAY, P.: *Dictionnaire de Biographie française*, París.

¹⁶ La afirmación de la autora «mi primer libro» introduce un elemento de confusión en la

cesa, constituyen uno de los mejores recuerdos de mi vida. ¡Toledo, con sus calles empinadas, sus rejas siempre floridas, el misterio de sus encrucijadas, sus deliciosos encuentros nocturnos, esas casi apariciones que sólo alumbran los farolitos que constantemente brillan ante imágenes vestidas con sedas marchitas, imágenes que en sus pequeñas cavidades se aparecen como en un nicho!... ¡Oh! ¡Sí! Toledo dejó en mí recuerdos imborrables, sensaciones imperecederas que Nápoles, Atenas y Pompeya no me han podido hacer olvidar. Además, el temperamento español, ese temperamento fogoso y ardiente, me encanta. ¡Sólo se pueden hacer grandes cosas queriendo y deseando con ardor! Siendo muy niña sentía ya pasión profunda por todo cuanto con el pasado de España se relaciona, y esta pasión me llevó, cuando apenas tenía diez y ocho años, a estudiar a fondo la ilustre personalidad del cardenal español a quien únicamente se puede comparar Richelieu. La Academia Francesa premió mi modesto esfuerzo, y ya sabe usted que el primer triunfo no se olvida nunca. A España se lo debí, y mi reconocimiento será eterno.»

Desbordando el marco cronológico presentado por Batlle, otras obras novelísticas enriquecerían su «currículum»: novelas de la antigüedad como *Les tablettes d'Erinna d'Agrigente* (1913); novelas de ambiente medieval o renacentista como *La Passion d'Héloïse et d'Abélard* (1909) y *Les Chanteurs florentins* (1912); y novelas de ambiente contemporáneo como *Les deux puissances* (1911) y *Roseline et l'amour* (1923).

Su incursión en el género dramático no tuvo excesivas consecuencias, pues sólo estrenó una pequeña obra, en un acto y en verso, con la que la Comédie Française pretendió celebrar el 275 aniversario del nacimiento de Molière; se trata de *Aristophane et Molière*.

La vida de Berthe Le Barillier se extinguió el 23 de enero de 1927 en su finca del Cannet, donde transcurrían habitualmente sus períodos invernales.

JEAN DORNIS

Seudónimo de Elena Goldschmidt, Madame Guillaume Beer, y más tarde Madame Alfred Droin.

El artículo consagrado a Jean Dornis vio la luz el 22 de marzo de 1908, en la página 174 del año LII de la *Illustration*. Embozado tras este enigmático seudónimo se había dado a conocer años atrás el autor de una novela, *La*

cronología de sus publicaciones, como puede comprobarse, a menos que suponga una especie de renegación de los cuatro volúmenes que le habían precedido —tres libros de poemas y una novela de carácter histórico— o que se refiera a la fecha de redacción y no a la de publicación.

Voie douloureuse (1894), y de un tomo de cuentos, *Frères d'élection* (1896), conjunto de «narraciones primorosamente escritas que revelaban un sólido temperamento de artista». Nunca, al parecer, constituyó objeto de duda que el nombre de Jean Dornis ocultaba a una personalidad literaria bien definida que, con estos sus primeros libros, aspiraba a conquistar reputación en breve lapso de tiempo y que, pese a los esfuerzos e indagaciones, no se lograba hacer salir de su voluntario incógnito.

«Todos los críticos y profesionales de las letras —comenta Carlos de Batlle— estaban de acuerdo para admirar la sobriedad y la elegancia del estilo, la fidelísima observación y el colorido de que su autor hacía gala al trazar escenas de costumbres eslavas, y, más que otra cosa tal vez, las justísimas proporciones de los nueve cuentos que componen el libro.» Y relata el presentador cómo al producirse la muerte de Leconte de Lisle —en 1894, año de publicación de *Les Villes tentaculaires*, de E. Verhaeren—, la *Revue des Deux Mondes* había insertado en sus páginas un estudio magistral titulado *Leconte de Lisle, intime*, firmado por Jean Dornis, que sólo podía ser obra de alguien que hubiera compartido largas horas con el poeta fallecido. Las pesquisas de los intrigados críticos parecían encaminarse hacia una dama aristocrática, en cuya casa de campo había fallecido Leconte, mujer dotada, a todas luces, de condiciones especialísimas para la literatura, y cuyo cerebro parecía ser la omnímoda fusión de los de Mme. de Lafayette, de la Condesa de Aulnoy y de George Sand, tres de las novelistas que a mayor altura habían situado la literatura francesa femenina de los pasados tiempos, si bien el *suspense* continuó.

Dos novelas exturbantes de fuego y entusiasmo, *La Force de vivre* (1901) y *Le Voile du temple* (1906), terminaron por desgarrar el velo que cubría el rostro de Mme. de Beer para solaz de sus copiosos admiradores.

Habiendo visto la luz en Florencia, en 1870, y poseyendo un alma enamorada de la raza latina, redactó con posterioridad distintos trabajos de divulgación acerca de la poesía, el teatro y la novela italianos contemporáneos, el primero de los cuales le valió un premio de la Academia Francesa, y los tres, el interés francés por el movimiento cultural transalpino.

«Confieso —escribe Batlle— que al darme cuenta del resultado obtenido por la laboriosidad y la constancia de Jean Dornis, pensé con tristeza que, si no se considera y concede análoga atención a los españoles, se debe a que no contamos con tan ardientes y valiosos defensores... Y sentí celos rabiosos.» Celos que le hicieron desear la amistad de la ilustre dama. Lograda ésta, y con motivo de una visita a su domicilio, el periodista expone su deseo de ver que una personalidad literaria, con el prestigio que similar obra requiere, hiciese por las letras españolas lo que Jean Dornis había hecho por las italianas: «Le hablé de España, de nuestros poetas, de nuestro teatro (...), a lo que la Sra. de Beer me contestó: "Me parece que tiene usted razón.

Soy latina, creo que el porvenir de nuestra raza no deja lugar a ninguna duda, y no digo que no me decida a continuar mis trabajos dedicándome a la literatura española. Confieso que he pensado en ello más de una vez (...). Capuana, Verga, Rovette y Matilde Serao son nombres familiares a los parisíenses. ¿Por qué no han de llegar a serlo Zorrilla, Tamayo, Varela, Palacio Valdés y tantos otros?»

La expectativa que este interrogante suscita, el deseo de conocer si la posible obra llegaría a ser realidad, es calmado por el culto periodista con el ofrecimiento de un texto, indeterminado respecto a su pertenencia, pero que, por la temática, parece corresponder a *Frères d'élection*, «traducido especialmente para la *Ilustración Española y Americana*, con autorización expresa del autor».

En fechas posteriores a 1908, y hasta su fallecimiento, compuso obras de carácter ensayístico tales como: *Leconte de Lisle* (1909), *La sensibilité dans la poésie française* (1912), *Hommes d'action et de rêve* (1920), *Un Celte d'Alsace. La vie, la pensée et les plus belles pages d'Edouard Scheré* (1923) y *Essai sur Gabrielle d'Annunzio* (1925).

RENÉ BAZIN

El artículo dedicado a René Bazin apareció el 30 de mayo de 1908, en la página 326 del año LII, y se inicia en los siguientes términos:

«Conozco toda España —me dijo René Bazin el día que Paul Hervieu me presentó a él—, la he visitado con detenimiento, la he estudiado con afecto y con interés; sobre España he escrito un libro, al que profeso gran cariño, y crea que con toda el alma deseo, para su bien, que la gobiernen en el sentido que sus aptitudes y su historia exigen. Si así sucede, su patria volverá a figurar entre las primeras naciones del mundo».

La persona que de tal modo se expresa es profesor de Derecho en la Facultad católica de Angers, su ciudad natal, que a los treinta años no había escrito aún nada para el público. Relatan sus biógrafos que la casualidad condujo un día hasta Saint Barthélemy d'Anjou, paraje donde se encontraba enclavada la finca familiar de «Les Rangeardières», al Marqués Mayol de Luppé, director del periódico parisino *L'Union*, quien, seducido por la esplendente y amena conversación del joven universitario, le sugirió que escribiera algo y se lo enviase. Ese fue el origen de la novela corta *Stéphanette* que, publicada por entregas a lo largo de 1883, bajo el seudónimo de Bernard Seigny, mereció unas líneas encomiásticas del crítico Ludovic Halévy, que lo recomendó a Georges Patinot, el redactor-jefe del *Journal des Débats*.

Satisfecho por el resultado obtenido en su primera tentativa, compuso

para el *Correspondant*, el *Journal des Débats* o la *Revue des deux Mondes*, y revolviendo con enternecimiento sus recuerdos infantiles, varios deliciosos relatos como *Ma tante Giron* (1886), *Une tâche d'encre* (1888), *La Sarcelle bleue* (1889), *Les Noëllet*, *Donatienne*; y dos relatos de viajes: *Les Italiens d'aujourd'hui* y *Terre d'Espagne* (1895).

Si *De toute son âme* (1897) marca ya el inicio de su producción novelística de tipo social, la celebridad, acompañada de un cierto desahogo crematístico, le llega con *La Terre qui meurt*, en el fecundo año de 1899 que asistiera asimismo a la publicación del *Prométhée mal enchaîné* de Gide, la *Clara d'Ellébeuse* de Jammes, les *Poèmes des décadences* de Milosz, o las *Stances* de Jean Moréas.

La Terre qui meurt constituye el primer eslabón de una cadena de títulos formada por *Les Oberlé* (1901), exposición del drama vivido por alsacianos y loreneses a raíz de la anexión de sus dos regiones a Alemania; *L'Isolée* (1905) y *Davidée Birot* (1911), sobre el tema de las dificultades de determinadas órdenes religiosas, a las que desde julio de 1904 les estaba vedada la enseñanza, tras la promulgación de la ley que establecía la separación entre la Iglesia y el Estado; *Le Blé qui lève* (1907), *La Barrière* (1909), etc. Vendrían con posterioridad *La Closerie de Champdolent* (1917), *Les Nouveaux Oberlé* (1919), *Baltus le Lorrain* (1927), *Le roi des archers* (1928) y *Magnificat* (1931).

«En sus novelas —escribe Batlle— encontramos siempre seres que pertenecen a la especie, mucho más numerosa de lo que se cree, de ángeles de la tierra, de ángeles consoladores, gracias a los cuales el mundo puede soportar sus penas, seres que comprenden el dolor antes de haber sufrido, que lo adivinan dondequiera que se encuentre y que, no pudiendo destruirle, le seducen, le hipnotizan con sus encantos y le mantienen sujeto a sus pies, convirtiéndole en bestia feroz, cuya crueldad únicamente puede ejercerse lejos de ellos.»

En la línea de lo expresado ha de situarse, en mi opinión, el texto de *El cuarto pobre*, que Batlle selecciona y traduce. En la línea de la novela popular, que aborda por igual temas sociales o morales, frisando, en ocasiones, el sentimentalismo, de escaso valor estético, pero que atestigua de un estudio serio y convincente de la realidad sociológica francesa, sobre todo de las regiones occidentales del país¹⁷. Y en el eje de la novela rústica¹⁸, a la que supo imprimir un sello peculiar de exactitud y ternura y de la que François Mauriac alababa la pureza de estilo: «Nul n'écrit aujourd'hui plus

¹⁷ Véase WOOD, J. S.: *Un aspect du mouvement traditionaliste et social dans la littérature française contemporaine: René Bazin, sa vie et son oeuvre*, París, Nizet, 1934; y GALARNEAU, J.: *René Bazin et le problème social*, Québec-París, 1966, 16 Ln²⁷ 88612.

¹⁸ Sobre la novela de ambiente campesino interesa consultar: BOHRIN, André: *Province, terre d'inspiration*, París, A. Michel, 1960. DORDAN, Élise: *Le paysan français d'après les romans du XIX^e s.*, Toulouse, 1923. DUPOUY, Aimé: *Géographie des lettres françaises*, París, A. Colin,

purement». Lo mismo que años después haría Abel Moreau: «On croirait qu'il n'écrit que ganté, tellement son art reste distingué (...) Ce ne fut pas un grand romancier. Il lui manquait pour cela une force, un souffle, et de l'imagination, et, peut-être d'avoir éprouvé lui-même quelques-unes des passions qu'il voulait décrire. Mais, écrivain soucieux de la qualité, homme d'une grande noblesse de cœur et d'esprit, chrétien sans peur et sans reproche, il reste un exemple difficile à suivre, mais fait honneur à son pays et aux causes qu'il a servies»¹⁹.

Siguiendo, en cierto modo, las huellas de Paul Bourget, René Bazin, al introducir en sus relatos una preocupación ético-moral, se distancia de la corriente naturalista, y al igual que Henry Bordeaux, ofrece como antídoto a la vida pesadosa de campesinos y pobres el recurso a principios de índole religiosa. El siguiente texto de P. Vernois así lo expresa con toda exactitud: «Le roman rustique social ne se limite pas à des oeuvres de combat inspirées par un terroir où les classes paysannes s'affrontent avec une violence haineuse. Les récits de René Bazin en apportent la preuve. Respectueux d'un idéal littéraire étonnamment proche au départ de celui de Guillaumin, l'auteur de *La Terre qui meurt* en cédant à sa sensibilité et à son amour du paysan angevin plaçait délibérément le roman champêtre sous le signe de la pitié. Du même coup, il ennoblissait le genre d'un frémissement et d'une chaleur plus soucieuse de charitable compréhension que d'émancipation vengeresse. C'est aux victimes de l'évolution rurale que l'écrivain accorde sa sympathie. La misère n'est pas à ses yeux le fruit de l'exploitation de l'homme par l'homme mais bien la sanction de l'avalissement des volontés, de l'abandon coupable au courant de la concentration industrielle. Le paria est moins l'exploité que le médiocre et le déraciné. Le roman, tout en demeurant un miroir de la société et du temps, change de ton, en appelle à la compassion plutôt qu'à la révolte. Son éloquence se charge de mélancolie et ne retrouve des accents mordants que pour tancer les traîtres à la terre nourrière. Le drame du surpeuplement des campagnes, suivi par voie de conséquence d'un dépeuplement rapide, atteint son apogée en 1890. Il s'impose à la littérature rustique et détermine sa double inspiration sociale. Aux uns, il suggère une protestation scandalisée contre le sort des métayers; aux autres un mouvement d'effroi devant les désordres sociaux et l'augmentation d'un prolétariat rural offert en holocauste aux villes tentaculaires. Au concert de

1943. EGGI, Edmond: «Le régionalisme dans la littérature française contemporaine», *The French Quarterly* (Manchester), t. IV, 1922, pág. 14-37. MATTHEY, H.: «Le Roman rustique», *La Bibliothèque Universelle et Revue suisse*, octubre 1917, t. 88, págs. 228-239. ROGER, Gaston: *Situation du roman régionaliste*, Paris, Jouve, 1951. ROGER, Gaston: *Les Maîtres du roman de terroir*, Paris, André Silvaire, 1959.

¹⁹ MOREAU, Abel: *Dictionnaire des lettres françaises, XIX^e s.*, Paris, Arthème Fayard, 1971.

plaintes amères, répond le cri d'angoisse du moraliste. Le roman rustique s'en prend au siècle pour le maudire. La Charité inquiète répond à la Justice exaccrbée»²⁰.

GABRIEL NIGOND

Gabriel Nigond fue presentado al lector hispano el día 15 de julio de 1908, en la página 26 del año LII, tomo 2.º.

Había nacido el 24 de febrero de 1877 en Châteauroux, en el Berry, la patria chica de George Sand y de Maurice Rollinat —el conocido autor de *Les Névrosés*—, y para el «Berry son sus amores de poeta, sus cantos de peregrino apasionado que cruza el mundo encaminándose con paso firme hacia tiempos mejores».

Relata con gran habilidad sintética el periodista que, en 1901, con motivo de las fiestas celebradas en honor de la «bonne dame de Nohant», y durante el banquete que se ofreció en La Châtre, recitando tan sólo cuatro de sus primeras composiciones, había demostrado Nigond que era heredero directo de las musas: «Un escritor ilustre cogió a Nigond por su cuenta, y, olvidando que le esperaban en París, se fue con él a su casa, revolvió los cajones de su mesa; leyendo y recitando pasaron la noche, y al amanecer habían encontrado materiales bastantes para un libro que poco después se publicó con el título de *Contes de la limousine*.»

El catalizador de la publicación de Nigond no fue otro que la conocida periodista y conferenciante Séverine, que adoptó, en cierto sentido, al joven poeta, presentándolo en el prefacio de los *Contes* como a alguien que «deviendrait sans doute l'un de ces privilégiés dont s'enorgueillit l'esprit humain».

Los cuentos, rimados, alcanzaron gran popularidad recitándose en salones y en círculos literarios²¹.

Saboreados la gloria y el triunfo que suele procurar un libro afortunado, el poeta sintió curiosidad por experimentar las emociones de la lucha directa mantenida entre el público y el dramaturgo, logrando que su comedia *Le Coeur de Sylvie* se estrenara en la sala de los Bouffes-Parisiens, en noviembre

²⁰ VERNOS, P.: *Le Roman rustique de George Sand à Rautz*, París, Nizet, 1963, pág. 209.

²¹ En realidad hubo tres series de *Contes de la limousine*: la primera publicada en 1903; los *Nouveaux Contes de la limousine*, en 1908; y los últimos cuentos aparecidos bajo el título de *La Sève et l'Écorce*, en 1932. La «limousine» es la gran capa de lana o pelo de cabra que utilizaban antiguamente los pastores para protegerse del frío y la lluvia.

de 1906, y que *Le Dieu Terme* entrara en el repertorio de la Comédie Française en 1907 con el apoyo y beneplácito del insigne primer actor Coquelin. *Kérubinos*, 1812 y *Perot* vendrían después a proporcionarle patente de autor dramático.

Sus últimas obras editadas fueron *Le Livre de Thomas Gâgnepain, soldat de la Grande Guerre*, *Gone* y *Marie Montraudoigt*.

Falleció en París el 5 de enero de 1937.

«Si George Sand supo evocar el alma de su provincia, en los textos de Nigond ésta se estremece y palpita.» Así lo pone de manifiesto el texto seleccionado por Batlle, extraído del libro —en prensa en 1908 como las *Poésies de A. O. Barnabooth*, de V. Larbaud y *La Vie unanime*, de Jules Romains— titulado *Nouveaux contes de la limousine*, en el que parece resonar el eco de *La Mare au diable*, y se diría que un diálogo directo se establece entre el Choanet de *El recado* y el travieso protagonista de *François le Champi*; incluso hay rasgos que recuerdan al *Jack* de Daudet, a *L'Enfant de Vallès*, o al *Poil de carotte* de J. Renard.

JULES BOIS

Las columnas dedicadas a Jules Bois se publicaron el 8 de octubre de 1908 en la página 199 del año LII, tomo 2.º

«¡Parece español! Eso dicen muchos cuando se habla de Jules Bois, y para decirlo, la mayoría se fija tan sólo en su recia musculatura, en su estatura no muy elevada, en el color de su pelo, que a fuerza de ser negro parece azul, y en la barba, más negra aún que el pelo, que sirve de marco a un rostro en el cual los ojos brillan con acerados resplandores. Y a pesar de que cuantos semejante cosa afirman establecen muy a la ligera las bases sobre las cuales fundan su afirmación, no puede negarse, después de haber analizado la obra fecunda y potente de Jules Bois, y de haberlo estudiado concienzudamente a él mismo, no puede negarse que tienen razón. Sí, es cierto que Jules Bois parece español, pero no un español moderno, indiferente y apático; más bien parece un español del temple de los que acompañaron a Colón y a Cortés en sus arriesgados viajes de aventuras, pues bajo su apariencia correctísima y fría se encubre un verdadero luchador.»

Nació en Marseille en 1871 —de padre francés, de ideología volteriana, y de madre española, católica ferviente—, y su infancia transcurrió entre el colegio de jesuitas y los cuentos escogidos del que había sido enemigo de sus educadores. Sufrió, pues, dos influencias distintas y opuestas, y nada tiene de extraño que en su obra y en su vida se advierta una lucha constante y encarnizada entre dos tendencias que caracterizan, por una parte, su

inclinación violenta al misticismo, y por otra, su tendencia irresistible a pasarlo todo por el tamiz de la crítica.

«Jules Bois llegó a París en el momento en que magos y charlatanes, aprovechando que Francia estaba cansada del brutal naturalismo y hambrienta de ideal, querían apoderarse de ella.» El ocultismo aguijoneó por un momento su curiosidad, pero pronto pregonó a gritos el engaño, desmascarando a los embaucadores con su pluma valiente, en *Le Satanisme et la magie* (publicado con un estudio de J. K. Huysmans), *Les Petites religions de Paris*, *L'Au-delà et les forces inconnues* y *Le monde invisible*. *Les Noces de Sathan* son una comedia no menos dura que los ensayos precedentes, estrenada en 1890 en el Théâtre de l'Art, recién creado por el poeta Paul Fort.

La Porte héroïque du ciel (1894), con música del innovador Erik Satie, compositor de *Parade*, es testimonio de su adhesión a la fraternidad de la Rose-Croix²².

Unos años después, *Une nouvelle douleur* fue publicada con un estudio preliminar de Marcel Prévost, seguida por dos obras en la línea del más acendrado feminismo: la novela *L'Ève nouvelle* y la obra, estrenada con éxito en el teatro Odeón, titulada *Hippolyte couronné*.

Su amistad con el sabio indio Swami Vivekanda, a quien había ofrecido generosa hospitalidad durante la estancia del brahmán en París, le llevó a profundizar en el análisis del libro de los Vedas y a viajar hasta la India, vía Egipto, Siria y Palestina. *Les Visions de l'Inde* nos dan cuenta de los estudios y observaciones surgidos de esta experiencia.

Con todo, la parte más sólida de la obra de Jules Bois está constituida, para el publicista de la *Ilustración*, por *Le vaisseau des caresses*, una novela que llenó de asombro a crítica y lectores, y por la tragedia en cinco actos, *La Furie*, estrenada en la Comédie Française en fechas próximas a la redacción del artículo de Batlle.

CLAUDE FARRÈRE

El artículo mediante el cual Carlos de Batlle esboza la figura del marino-escritor Frédéric Charles Bargone, conocido en el ámbito literario por el seudónimo de Claude Farrère, se publicó el 8 de noviembre de 1908, en la página 271 del año LII, tomo 2.º

²² Esta sociedad secreta o fraternidad, que data al parecer de finales del siglo xv, reivindicando su origen en fuentes egipcias antiguas, se dio a conocer en 1614 por medio de la obra del pastor luterano J. V. Andrea, de Tübingen, creador del mítico personaje del caballero Christian Rosenkreutz. La sociedad se difundió por toda Europa ejerciendo gran influencia

en la voluntad de poder²⁴, Nietzsche es un profesor de energía, el fundador de una escuela de la voluntad, escuela que tiende únicamente a dirigir todos los esfuerzos hacia el perfeccionamiento personal y hacia el bien colectivo.

Numerosas fueron las críticas suscitadas por esta novela, pero Batlle considera que «el fin de Daniel Lesueur no ha sido otro que el de poner al alcance de todos la explicación clara y concreta de las teorías que preconizan el odio que se debe sentir por todo lo mezquino, por todo lo que envuelva astucias, por todo lo malo».

El texto de *Campanas de Pascua* ofrece, en su protagonista Luciano de Courval, una progresión psicológica muy semejante a la que puede observarse en el personaje principal de *La Modification*, de Michel Butor.

MAURICE MONTÉGUT

Carlos de Batlle presentó la figura de Maurice Montégut en la página 169 del 22 de septiembre de 1911, año LX.

Habiendo nacido en París en 1855, fue testigo en los años de adolescencia de los trágicos acontecimientos de la Comuna, que impactaron su aún joven personalidad: «Sus oídos se acostumbraron al estampido del cañón, su alma se templó con el espectáculo de las crueles luchas que presenciaba a diario, y en ella empezó a germinar ese don seguro de verdad patética y de emoción punzante que se encuentra en todas sus obras».

Empezó a escribir a los dieciocho años y pasó componiendo versos diez. Su primer libro, *La Bohème sentimentale* (1874), no pasó inadvertido para la crítica, pero fueron los dramas en verso que compuso después los que hicieron que su autor pudiera enorgullecerse justamente del título de poeta. Uno de estos dramas, *L'Arétin*, estrenado en 1886, dio lugar a polémicas apasionadas, a polémicas literarias de esas que, para bien o para mal, sacan de la oscuridad al autor de la obra que las suscita, para colocarle en plena luz.

Más tarde, Maurice Montégut escribió cuentos: «Catorce libros de cuentos amenísimos; y como su autor no recurría a inverosimilitudes, no hacía alarde de decadentismo, ni caía en las absurdidades dogmáticas tan en boga, para llegar a una conclusión premeditada, fue avanzando lentamente por el

²⁴ «Adeptes inconditionnelle de Nietzsche, la petite nièce de Lamartine s'affiche, vers 1910, comme une fervente approbatrice de la morale de la puissance. La force, l'action, la fierté sont ses thèmes de prédilection. Or, l'Arabe, plus qu'aucun autre homme à ses yeux fournit au cours des temps l'image du conquérant et l'exemple de la possibilité de la formation d'une élite qui porte le flambeau de la civilisation. Le peuple musulman, conquérant et vainqueur, répond aux critères de force, d'orgueil et de puissance que lui sont chers». ZOUARI, Faouzia: «Valentine de Saint-Point et l'art musulman d'Espagne: étape d'un itinéraire», *Récifs*, núm. 7, 1985, págs. 21-35.

áspero camino de las letras hasta llegar a ocupar uno de los puestos más distinguidos entre los escritores más famosos. Su inspiración fogosa y su buen gusto le habían bastado para que se le considerase como poeta meritorio; su fina observación, su estilo claro y conciso, su sinceridad para pintar tipos y describir caracteres, y su acierto para elegir asuntos, le colocaron entre los mejores cuentistas en el momento en que Maupassant brillaba como un dios y era el primero de los primeros en el difícilísimo arte de componer narraciones de trescientas líneas, y, sin embargo, este triunfo no satisfizo sus ambiciones de gloria artística, y decidida y resueltamente abordó la novela.»

Y se inició en el género con dos novelas humorísticas y fantásticas: *Les six Monsieur Dubois* (1890) y *Les Chevauchées de la Joconde* (1902); dos novelas alegres, vivaces, de terso colorido y fina observación, en las que en medio de las brillantes chispas de un ameno ingenio se encuentran frases que se parecen mucho a las sentencias.

«Una de las cualidades que avaloran las producciones intelectuales de Maurice Montégut —continúa Batlle— es la claridad, y la claridad es tanto más apreciable en nuestro tiempo, cuanto que, así que se publica un libro confuso y oscuro, nunca falta un crítico que por esnobismo y para diferenciarse de los demás califique al que lo ha escrito con el pomposo título de pensador. Maurice Montégut, fiel observador de las tradiciones de la literatura francesa, no desprecia la ternura, encadena hábilmente los sucesos que relata, y en sus libros no se advierten esas lagunas que tan frecuentemente se encuentran en las obras que ahora se publican. Piensa sus libros con detenimiento, los escribe con cuidado, a todos los detalles consagra igual atención, y así resulta que sus novelas seducen por el perfecto equilibrio que en ellas se advierten desde las primeras páginas.»

No contento con haber rayado a envidiable altura cultivando la novela psicológica y la novela de humor, Montégut se propuso triunfar cultivando otra, más comprometida aún, que es la que encuentra su base en la historia: *Les Archives de Guibray* (1901), *Les Épées de fer* (1904), *L'Usurier* (1904), *Du pain!* (1907), *Petites gens et grands coeurs*, *Les Rois sans trône*, *Les Cadets de l'Impératrice*, etc.

El fallecimiento de Maurice Montégut se produjo en París, en 1911.

ÉMILE MOSELLY

El artículo dedicado a Émilie Chénin, conocido por el seudónimo de Émile Moselly, se publicó el 22 de junio de 1912, en la página 370 del año LVI.

«El autor de *Terres lorraines* (1907) es un gran poeta que escribe en prosa, un poeta muy grande que compone libros, en los cuales cuenta los lamentables episodios de la vida de todo un pueblo de gentes pobres. Los desgraciados, esos seres llenos de congojas, cuyas miserias pinta magistralmente, le inspiran infinita piedad; y los personajes que crea o retrata —yo creo que todos son de carne y hueso— los personajes que en sus libros gimen, sufren, lloran y mueren, no se borran nunca de nuestro recuerdo.» De tal forma inicia Batlle sus líneas sobre Émile Moselly.

Pese a su nacimiento en París, Moselly consagró en todo instante lo mejor de sus ilusiones a la tierra lorenesa de la que sus padres eran originarios, y en la que él mismo vivió desde los tres años: «El autor de *Le Rouet d'ivoire* (1907) (...) es hermano de los viñadores, de los labradores y de los jornaleros que trabajan y sufren en el suelo lorenés.» Logra con gran precisión describir la extensa variedad de tipos humanos que en Lorena se dan, como logra, probablemente mejor que ninguno de sus contemporáneos, pintar con admirable gama cromática la diversidad de las aguas, de las viñas de los profundos bosques, o la melancólica esplendidez de los soleados ribazos. Adora el Mosela, cuyo nombre utiliza para componerse un seudónimo, y hace saborear, con idéntica ternura, el perfume del agua batida por los azudes, el misterio que desde tiempo inmemorial parece cernirse sobre los pantanos, o el éxtasis vivido al borde de los ríos que devuelven la imagen de un Narciso embaído.

Del colegio de Toul pasaría a Nancy, y posteriormente a Lyon, en cuya universidad se preparó para opositar a una cátedra. Fue destinado a Montauban, donde «los cálidos y soleados paisajes del Mediodía de Francia cegaron sus ojos (...) y del choque de las nieblas del Norte con el sol del Mediodía, surgió el poeta».

Cuando se trasladó a Orleáns, Moselly no había pensado aún en escribir para el público, pero su encuentro con Péguy fue, a todas luces, determinante, pues en los mismos *Cahiers de la Quinzaine* en los que habían hecho sus primeras armas literarias Romain Rolland²⁵, Antonin Lavergne o los hermanos Tharaud²⁶, se hicieron públicos los primeros textos prosísticos de Moselly, que, recopilados más tarde, llevarían el título de *L'Aube fraternelle*.

Este primer paso, dado con éxito, animó a Moselly, quien dos años más tarde daba a la imprenta *Jean des brebis*, espléndido conjunto de seis novelas

²⁵ De 1904 a 1912, los Cahiers de la Quinzaine habían publicado *Jean-Christophe*.

²⁶ Jérôme Tharaud, secretario de Maurice Barrès y su hermano Jean, condiscípulo de Péguy, debutaron en su colaboración literaria en 1898 con *Le Cultivateur débile*, «dont les ballots d'inventus servaient de sièges aux habitués de la boutique des Cahiers de la Quinzaine». *La Lumière* (1900), *Les Contes de la Vierge* (1902), *Les Hobereaux* (1904), así como *Dingley, l'illustre écrivain*, habían visto la luz en la publicación de Péguy. La reedición de esta última obra, en 1906, les valió el premio Goncourt.

cortas. «De estas novelas cortas —comenta Batlle— más de una constituye eso que hemos dado en llamar una obra maestra, y si por la estructura —sin que esto sea desposeerlas de sus muy grandes y originales cualidades— recuerdan el arte incomparable de Maupassant, por la forma hacen pensar en la prosa impecable de Flaubert.»

Jean des brebis (1904) y la novela que le siguió, *Terres lorraines* (1907), fueron presentadas por Lucien Descaves —a quien el propio Moselly consagró un estudio en 1909— ante el jurado de la Academia Goncourt, que le otorgó su premio anual.

«Estilista impecable, artista de la frase, expresivo y sensible, hábil para reproducir con fidelidad todos los matices, pensador melancólico y observador sincero, Émile Moselly, más que todas estas cosas, es un poeta muy grande que, lentamente, ha ido penetrando en todo lo que constituye la esencia de su raza. En sus páginas se encuentran pasión verdadera, mucha originalidad y mucho color local, y así sucede que sus lectores le agradecen que vea su tierra como la ve, y sobre todo que la describa como la describe.»

Estas apreciaciones, que pueden resultar probablemente excesivas para un lector que desconozca la producción de Moselly, son absolutamente compartidas por dos buenos comentaristas de su prosa: Hippolyte Scheffler considera que: «Dans *Terres lorraines* Moselly a rendu la longueur des jours tristes, la lassitude traînante des mois mélancoliques d'hiver, l'imprécision des sentiments et des idées des paysans, idées et sentiments tenaces, cependant si difficiles à réduire, l'attachement sobre d'expression, gauche d'une émotion fruste, des membres de la famille l'un pour l'autre, la résignation fataliste du destin qu'expriment si bien les vieux chants des compagnards»²⁷. Mientras que Vernois, por su parte, enjuicia con toda precisión la aportación de la obra de Moselly al conjunto de la novela rústica francesa: «Autant que *Les Creux-de-Maisons* ou *Jean des brebis*, *Joson Meunier* constituait un apport original à l'illustration du roman rustique de la pitié qui avait succédé au roman social du travail rural. Il nous permettait de mesurer le chemin parcouru en quelques années depuis la publication de *La Vie d'un simple*, de Guillaumin. La description des travaux champêtres s'était estompée comme la figure du métayer ou du fermier aux prises avec une jachère rebelle. Par sympathie pour les déclassés on en était arrivé à mettre surtout en lumière de puissantes individualités dont le caractère s'épanouissait au contact d'un milieu en pleine évolution. Une étape décisive était franchie. Le roman amorçait un retour à l'humain, à l'étude psychologique minutieuse, aux éternels problèmes d'une peinture objective des milieux ruraux, peinture que Moselly entrevoyait en ces termes dans son introduction à *La Vie lorrain-*

²⁷ SCHEFFLER, Hippolyte: *Deux auteurs lorrains: L. Bertrand et Émile Moselly*, Nice, Floréal, 1909, pág. 24.

ne: "Ainsi se réalise la plus haute fonction de l'art, de discerner à travers les apparences mouvantes le réel qui ne change pas, grâce à la seule loyauté de l'observation et la justesse du regard." Ainsi, l'oeuvre champêtre plus attentive que jamais à l'actualité restait prête à accueillir les bouleversements de la guerre, à introduire le procès du paysan enrichi comme à magnifier sa résistance héroïque. Appelée à devenir témoin et juge de la "servitude et grandeur paysannes", elle allait subir une nouvelle et passagère métamorphose où le réalisme retrouvait ses droits et le travail du style parfois un vif éclat»²⁸.

TANCRÈDE MARTEL

El último escritor del que nos ocuparemos en este trabajo fue presentado el 8 de junio de 1913, en la página 369 del año LVII.

Nacido en Marseille en 1856, pero de origen griego, fue un aristócrata de ideología católica y tradicional, procedente de una familia de gran raigambre: un antepasado había sido amigo personal del rey Enrique IV, su abuelo paterno fue un oficial distinguido de la marina francesa y su abuelo materno sirvió en las filas del gran ejército de Napoleón.

El se dio a conocer en el mundo de las letras con un libro de versos titulado *Les Folles Ballades* (1879). Jean Richepin, que lo había leído, al parecer, estando de paso por Marseille, le aconsejó su traslado a París. Allí llegó en 1879, siendo afectuosamente acogido por Théodore de Banville y Leconte de Lisle, y viendo sus primeros poemas publicados en *La Jeune France*; poemas que, al decir de los historiadores de la literatura, le conquistaron la estima de Víctor Hugo desde el primer momento.

Publicó cuentos y novelas cortas en *Le Temps* y *Le Figaro* y cuatro libros criticando las obras literarias de Napoleón. Después publicó *La Main aux dames* (1885), *L'Homme à l'hermine* (1887), *Les Poèmes à tous crins* (1887), *La Parpailotte* (1887), etc., que se encargaron de consolidar su reputación literaria. En 1910, la Academia Francesa le concedió un importante premio por el conjunto de su obra.

En el terreno teatral escribió una pequeña obra, en un acto y en verso, titulada *Alfred de Vigny*, que se estrenó en el Odeón; una comedia, *Pierrot préfet*, que el público aplaudió frenéticamente; *Bérénice et Corneille*, que también se representó por primera vez en el Odeón, mientras que en la Comédie Française se presentaban *Deux amis*, *Au Palais Cardinal* y *Le Mariage de minuit*.

«Martel es un erudito dotado de prodigiosa memoria, y al mismo tiempo

²⁸ VERNONIS: *Op. cit.*, pág. 248.

es un fanático de la historia y un fanático del arte. A estas facultades, que se apoyan en una imaginación inagotable, que cuentan con la ayuda de un estilo colorido, con la fuerza de las imágenes y con las emocionantes y con frecuencia grandiosas escenas que en sus obras se encuentran, debe los dos triunfos más grandes de su carrera literaria. El primero lo consiguió con *Le Prince de Hanau* (1907), novela histórica y romántica a la vez, en la cual pone en escena a un hijo del pueblo que llega a ser esposo de una dama de alta nobleza, y que muere siendo duque y mariscal de Francia. El segundo lo logró con *Blancaflor* (1908), historia del tiempo de los Papas de Aviñón, en la cual se encuentran admirables páginas de prosa francesa como las destinadas a describir el cónclave de 1352 o los estragos causados por la peste de Arlés. Estas páginas, por su estilo conciso, por el colorido brillante y por el relieve de los franceses, hacen pensar en los dos maestros que mayor veneración inspiran a Tancrède Martel: Gautier y Flaubert.»

L'Afrancesada vio la luz en 1909. Así resume Jules Belleudy el argumento de esta obra, cuya acción transcurre en España: «*L'Afrancesada* est un roman dont la scène est en Espagne, le pays le plus propice aux fresques littéraires, aux épithètes rutilantes, aux épopées militaires, aux surprises dramatiques. Là encore, dans cet épisode de la guerre de 1808, il n'y avait qu'un moyen de nous intéresser, c'était de nous peindre une Espagnole subjuguée par un officier français, qu'une bande de guérilleros vient de blesser dans une embuscade et qui, transporté au château du marquis don Georges de Salinas y Santarem, va être fusillé par la banda sans le stratagème sacré du châtelain: il affirme que le chef d'escadrons Tourguières a séduit sa fille et qu'il doit l'épouser. Or, celle-ci, veuve avant le mariage, de son fiancé don Jao de Nollez, alfercez porte-enseigne au régiment d'Oporto-infanterie, qu'elle croit mort, ne cède aux prières de son père, qui a voulu faire respecter les lois de l'hospitalité, que pour sauver una vie humaine, et aussitôt la cérémonie religieuse terminée, elle se retire dans son appartement. Mais la fierté du commandant Tourguières, sa discrétion, son talent de peintre, qui lui permet d'exécuter, pendant sa convalescence, et de mémoire, le portrait de Clara de Salinas, et d'autres péripéties (...) opèrent un revirement en elle et la belle navarraise devient une Afrancesada de coeur»²⁹.

Para concluir, he aquí las frases de Carlos de Batlle recomendando gratitud hacia con este escritor francés: «Nosotros, los españoles, debemos de agradecerle que sea un devoto ferviente de nuestra literatura. Conoce a todos nuestros escritores, antiguos y modernos, y los juzga con mucho acierto. Y lo que es más: siempre que se le presenta ocasión, y cuando no se le presenta la busca, habla de ellos y les defiende.»

²⁹ BELLEUDY, Jules: *Tancrède Martel, poète et romancier*, París, Ed. du Provençal de Paris, 1912, pág. 13.

ANEXO

I. JEAN BERTHEROY

a) *Jiménez de Cisneros*³⁰

Todos conocían su oscuro nacimiento, sus comienzos difíciles, su estancia precaria en Italia, donde para poder sobrevivir había tenido que ejercer la abogacía y defender las causas de sus compatriotas ante los tribunales eclesiásticos de Roma. A su regreso a España había tenido ya ocasión de comprobar la animosidad de los Grandes, pues llegado a Uceda para tomar posesión de un beneficio del que el papa Alejandro VI le había otorgado las bulas, el joven clérigo encontró la competencia de otro titular protegido por la nobleza y nombrado por el arzobispo de la diócesis. Pronto comprobó que la voluntad del papa era poca cosa frente al poder absoluto del arzobispo, papa y rey, que opuso resistencia a su rival; durante tres años conoció los rigores de una rígida cautividad en las mazmorras de la fortaleza de Uceda, donde su rival lo había hecho encerrar. Sin embargo, el ánimo con el que había soportado esta dura prueba comenzó a atraer la atención de sus compatriotas, de tal forma que, a su salida de prisión, la fortuna se le ofreció bajo diversas formas. Rechazó dignidades y riquezas y, súbitamente, sin que nadie a su alrededor hubiera podido descubrir el secreto de su conducta, se consagró de lleno a la vida contemplativa.

Poco tiempo después se sabía que Jiménez había pronunciado sus votos y había tomado el hábito franciscano en el convento de San Juan de los Reyes, de Toledo. Mas no era aún suficiente para su alma ardiente. Cansado, sin duda, de la relajación que deshonoraba a todos los monasterios de España, había abandonado el claustro y se había marchado a vivir solo entre la montaña y el cielo. Como los ascetas de los primeros siglos, se había construido con sus propias manos una cabaña en la que pasaba días y noches practicando la meditación y la penitencia y ejerciendo sobre su naturaleza violenta la necesidad de dominio que le atormentaba ya. Había sido allí, a la profunda soledad del Castañar, adonde Isabel, invenciblemente atraída por el presentimiento de que ese monje misterioso era el guía que necesitaba, le había enviado a buscar para hacerle su confesor y el confidente ordinario de sus preocupaciones reales.

Cuando había aparecido en medio de ellos, precedido de esa extraña fama de austeridad y rudeza, la sorpresa se había apoderado de todos los Grandes. Hasta entonces nunca se había admitido que un hombre de mediocre cuna tuviera derecho a acercarse libremente a los soberanos y a darles consejos. Casi siempre el clero se reclutaba, si no entre los más ilustres herederos del reino, al menos entre los hijos de hidalgos o de caballeros, que formaban en torno a los Grandes feudatarios una segunda nobleza más numerosa y casi tan honrada como la primera. En esta ocasión no ocurrió así: se trataba de un monje pobre, extraño por la humildad de su origen a los usos de la corte el que iba a tener la confianza de la soberana y a decidir en última instancia de los destinos de España.

³⁰ Al no aparecer ningún texto de la autora en la *Ilustración*, la selección y traducción es mía. El fragmento se sitúa en la pág. 13 de la edición original de *Jiménez* (1893).

En un primer momento, el despecho se había ocultado bajo formas burlescas y el anacoreta franciscano había sido comparado a San Juan Bautista abandonando el desierto para dirigirse al palacio de Herodes, y entre los grandes señores, más de uno, sin duda, le había deseado en su fuero interno un destino semejante al del Precursor mártir. Pues al verle frecuentar la compañía de los reyes sin abandonar ninguna de sus costumbres de austeridad, tan a gusto con el hábito y la cogulla como ellos con la capa y el jubón, con la frente ancha y surcada de pensamientos, los ojos penetrantes y luminosos, y la boca voluntariosa y potente, todos habían comprendido que este hombre sin noble cuna sería en aquellos momentos un testigo molesto de sus acciones y que podría muy bien llegar a ser un día su dueño y jefe.

Así, cuando poco tiempo después, Isabel había hecho nombrar a su confesor arzobispo de Toledo, en el puesto del cardenal Mendoza, recientemente fallecido, los descontentos se manifestaron abiertamente. Ni siquiera Fernando había disimulado su mal humor, pues la sede de Toledo, por la riqueza de sus rentas y por los honores que conlleva, era el primer cargo del reino, y el rey había ambicionado concedérselo a su hijo natural Alonso de Aragón. Pero Isabel, a la que Castilla pertenecía, se había valido de sus privilegios, y Jiménez, pese a los nobles y pese al rey, había sido elevado a la dignidad de primado de España y de gran canciller de la corona.

b) Bibliografía

Obras de Jean Bertheroy:

- Amour, où est ta victoire?*, París, Plon, 1922, 7.ª ed. 8.º Y² 66488.
L'Ange au sourire, París, A. Michel, 1923, 8.º Y² 67491.
L'Ascension du bonheur, París, E. Flammarion, 1908, 8.º Y² 56579.
Aspasie et Phryné, París, Éds. d'art et de littérature, 1913, 8.º J 7861.
Les Brebis de Mme Desboulivères, París, B. Grasset, 1924, 8.º Y² 68954.
Les Chanteurs florentins, París, A. Colin, 1912, 8.º Y² 60155.
Le Chemin de l'amour, París, La Renaissance du livre, 1918, 8.º Y² 58555(102).
Cléopâtre, París, A. Colin, 1891, 8.º Y² 45138.
Le Colosse de Rhodes, París, P. Ollendorff, 1909, 8.º Y² 57408.
Conflit d'âmes, París, Ambert, 1910, 8.º Y² 58011.
La Couronne d'épines, París, E. Mignot, s.d., 8.º Y² 63028.
La Danseuse de Pompéï, París, P. Ollendorff, 1899, 4.ª ed., 8.º Y² 19572.
Les Délices de Mantoue, París, E. Flammarion, 1906, 8.º Y² 55555.
Les Deux puissances, París, J. Tallandier, 1910, 8.º Y² 58741.
Les Dieux familiers, París, 13, rue Saint-Georges, s.d., 4.º Lc² 1549.
Le Double joug (Le Tourment d'aimer), París, Colin, 1897, 8.º Y² 50499.
Entre la consciencie et le coeur, París, P. Lafitte, s.d., 8.º Y² 65450.
Femmes antiques: la légende, l'histoire, la Bible, París, P. Ollendorff, 1890, 8.º Ye 2368.
Le Frisson sacré, París, P. Lafitte, 1921, 8.º Y² 57705(77).

Hérille, París, P. Ollendorff, 1910, 8.º Y² 52636.
Le Jardin des Tolosati, París, P. Ollendorff, 1903, 8.º Y² 54080.
Le Mirage, París, P. Ollendorff, 1902, 8.º Y² 53024.
Les Pavots mystiques, París, Plon, 1921, 8.º Y² 65667.
Le Roman d'une âme, París, A. Colin, 1895, 8.º Y² 50633.
Roseline et l'amour, París, Plon, 1923, 8.ª ed., 8.º Y² 67347.
Sur la pente, París, P. Ollendorff, 1897, 8.º Y² 50874.
Sybaris, París, A. Méricant, 1907, 8.º Y² 56516.
Les Tablettes d'Erinna d'Agrigente, París, C. Lévy, 1913, 8.º Y² 60529.
Vers la gloire, París, P. Lafitte, 1919, 8.º Y² 63709.
La Vie du coeur, París, *Le Monde Illustré*, 1910, 8.º Y² 58017.
Les Vierges de Syracuse, París, P. Ollendorff, 1902, 8.º Y² 53482.
Las Vírgenes de Siracusa, versión de Miguel de Toro Gisbert, París, P. Ollendorff, 1907, 8.º Y² 56265.
La Ville des expiations, París, «La Pensée française», 1923, 8.º Y² 69174.
Les Voix du Forum, París, P. Lafitte, 1920, 8.º Y² 64549.
Ximénès, París, A. Colin, 1893, 8.º Y² 47568.

II. JEAN DORNIS

a) *El Kralgevic Marco*

En todos los países del mundo la imaginación popular ha acudido a la Historia para tomar en ella una figura de héroe, que, transformada y engrandecida según sus deseos y esperanzas, ha concluido por ser algo así como el alma misma de la raza. Y esto precisamente es lo que los yugoslavos han hecho con el Kralgevic Marco.

Nació a finales del siglo XIV, cuando el Imperio servio se hundió en los campos de Kosovo; vivió trescientos años, y murió el mismo día en el que los ribereños del Danubio perdieron las últimas esperanzas. Sin embargo, el Kralgevic no está muerto: encerrado en su tumba de roca, dormita. Y las canciones populares afirman que resucitará cuando llegue el día de los suyos. A su lado yace su caballo Sarak, que se nutre con musgo. Y guerrero y corcel surgirán juntos de la tumba; y cuando el Kralgevic reaparezca firme en sus estribos, sus llamadas se oirán hasta el fondo del país eslavo.

Varias generaciones de poetas han cantado a este héroe nacional, atribuyéndole todos los triunfos de los servios alcanzados en sus luchas con los turcos, sus enemigos seculares. Y, según ellos, todavía domina el mundo infernal y las viejas potencias paganas.

Nos lo presentan bajo el sol y bajo la luna, errando a través de las montañas en persecución de los bandidos. Y al blandir con indomable fuerza su enorme maza, recuerda un poco al Hércules antiguo. Es robusto, amigo de caballeros, y ellos le han enseñando a respetar a las mujeres y a respetar el bien del prójimo. Lleno de amor por los débiles, se preocupa por todo lo que es justo, y tiene siempre el pensamiento puesto en Dios. Y en nombre de Dios combate a los espíritus inferiores.

Según los servios, las fuerzas malditas, envolviéndose en formas de genios de esencia algo compuesta, han encarnado en lo que ellos llaman Vilas. Y existen Vilas de la tierra, de las montañas, de las aguas y del aire. Esos genios, como los faunos, tienen pies de cabra, uñas teñidas con alheña como las mujeres orientales, y traen las blancas túnicas de la virginidad cristiana. No se sabe si proceden de las magias asiáticas, de la mitología griega o si salen del infierno. Su alma indefinida las empuja al mal, pero son malas inconscientemente, tanto, que no es posible determinar si se encarnizan en los héroes por odio o por ternura. Y es seguro que con cierto temor amaron al Kralgevic Marco, que las acorraló en las montañas cual si fuesen gamuzas.

Y todavía hoy lo lloran con los sollozos de las fuentes y los estremecimientos volcánicos que de cuando en cuando sacuden la montaña.

Con el relato de las luchas entre Marco y las Vilas se podría formar un libro. Yo contaré un episodio de esas épicas aventuras:

Cubriendo la cota de malla con la capa de lana, el Kralgevic cabalga a través del monte Velino. El sol hace centellear sus armas, y la sed le seca la garganta.

Y tan grande es su sed, que empieza a injuriar a la montaña.

—Maldita seas —dice—, ¡oh, bruja de las rocas! El viajero muere por falta de agua en tu infecundo suelo.

Las hierbas que aplasta el caballo se alzan y responden:

—Marco, no nos acuses. Sigue adelante: algo más lejos encontrarás las frescas ondas del Istro, pero guardadas están por la Vila de la montaña. Para permitirte que pases, exigirá de ti tus dos ojos negros y las patas delanteras de tu caballo Sarak.

El Kralgevic, sin sentir miedo, sonrío. La proximidad de la lucha hace que olvide su sed. Se asegura en la silla, recoge las bridas y adelanta hacia el Istro.

Al llegar, distingue a una hermosa joven que, envuelta en blanca túnica, duerme a orillas del río. Pero, al acercarse, ve que los pies de la joven, que asoman bajo la túnica, son pies de cabra con fuertes pezuñas.

Y así es como sabe que se trata de la Vila de la montaña.

Como es muy valiente, no quiere aprovecharse de su sueño para cortarle la cabeza sin peligro. Entra en el río con su caballo, empieza a subir la cuesta. Pero Sarak hace rodar una piedra, que, llegando hasta la Vila, la despierta. Por el lugar donde el Kralgevic ha pasado, el agua está turbia todavía. La Vila mira a su alrededor, y distinguiendo al guerrero que se aleja, le alcanza al punto.

Marco detiene entonces su caballo, y dice a la Vila:

—Espera y lucharemos con igualdad.

Se apea, tira las armas, y luego, precipitándose uno contra otro, luchan a brazo partido. Y sin que caiga ninguno de los dos, están luchando tres días y tres noches. Las uñas de la Vila desgarran los hombros de Marco, y la sangre que mana de estas heridas, al caer en tierra, hace que broten flores coloradas. El sudor de la Vila cae también; pero, como si fuese lava, borra todo signo de vida.

Al despuntar el alba del cuarto día, el Kralgevic siente que sus fuerzas mortales empiezan a flaquear. Y entonces piensa en Dios, y dice a su enemiga:

—Mira, ¡oh Posestrina, oh soberbia Vila! Mira hacia Oriente... El cielo se entrecubre, y Cristo nos contempla.

Al oír el nombre de Jesús, la Vila separa un poco los brazos, y mientras vuelve

la cabeza para ver el milagro, el Kraljevic le salta a la garganta, hunde en ella sus dientes, y la estrangula.

Cuando la tiene inmóvil a sus pies, se inclina y le abre el pecho con su kandjar. En el interior encuentra dos corazones: un corazón lleno de odio, y un corazón lleno de amor. Con el filo de su acero parte en pedazos el corazón malo, y luego cava una fosa para enterrar a la Vila. Y mientras trabaja dice:

—El corazón lleno de amor despertará bajo la tierra, y entonces la montaña se cubrirá de verdura y las fuentes no se secarán nunca más.

Cuando el cuerpo de la Vila ha desaparecido bajo el polvo, el héroe vuelve a la orilla del Istro. Y en sus aguas lava sus armas, su rostro, sus manos, y luego monta de nuevo a caballo. Y apoyándose en los estribos para empinarse, con los ojos fijos en la aurora y blandiendo la espada, hace la señal de la Cruz.

b) *Bibliografía*

Obras de Jean Dornis:

- Essai sur Leconte de Lisle*, París, P. Ollendorff, 1909, microficha m. 18525.
La Force de vivre, París, P. Ollendorff, 1901, microficha 18522.
Les Frères d'élection, París, P. Ollendorff, 1896, 8.º Y² 49862.
Leconte de Lisle intime, París, A. Lemerre, 1895, 8. Lⁿ²² 43504.
La Poésie italienne contemporaine, París, P. Ollendorff, 1898, 8.º Yd 265.
Le Roman italien contemporain, París, P. Ollendorff, 1907, 3.ª ed., 8.º Z 17495.
Le Théâtre italien contemporain, París, C. Lévy, 1904, 8.º Yd 423.
La Voie douloureuse, París, C. Lévy, 1894, 8.º Y² 48737.
Le Voile du temple, París, P. Ollendorff, 1906, microficha 18523.

III. RENÉ BAZIN

a) *Córdoba. La Mezquita y el puente antiguo*³¹

Córdoba es Toledo sin su paisaje, un Toledo de llanura, prácticamente plano. Se entra por una avenida bordeada de árboles formidables, y ello indica elocuentemente que el clima ha cambiado, que nos encontramos en Andalucía, tierra africana. Vuelvo a encontrar las mismas callejuelas retorcidas y complicadas, empedradas de cantos puntiagudos con losas a ambos lados, los mismos patios blancos, solitarios, con una fuente de mármol que se ve a través de las rejías. Pero la impresión general es muy diferente. Toledo era una ciudad antigua y ésta no es sino una ciudad marchita. Demasiados monumentos de otros siglos han permanecido de pie. Perviven

³¹ He sustituido el texto de *El cuarto pobre* que aparece en la *Ilustración* por este pasaje referido a la ciudad en la que ve la luz la revista *Alfinge*, correspondiente al capítulo XX de *Terre d'Espagne*. La selección y traducción es mía.

como accidentes espléndidos rodeados de un montón de casas mediocres, reconstruidas y banales o bien intactas pero sin estilo arquitectónico alguno, tales que sería necesario el extraño capricho de las cuevas para poder darles vida.

Una breve satisfacción la constituyen los ramilleros de flores que las mujeres se colocan en el pelo: dos rosas, tres tallos de clavel, y sobre todo jazmines. Tienen que ser muy viejas para renunciar a esta coquetería. La pobreza sabe adaptarse a ella. Acabo de detenerme ante un tragaluz del que surgía el ruido crujiente de un relar, y mis ojos, mal habituados a la oscuridad de ese lugar, no han visto nada más que una flor de geranio que se levantaba y descendía, cortando la sombra de forma acompasada.

Voy hacia la mezquita, el más completo, el más grandioso de todos los monumentos árabes que posee España. Se encuentra situada casi al borde del Guadalquivir envuelta por altos muros amarillos. Los árabes, tan hábiles para decorar el interior de los palacios y los templos, descuidaban el exterior. La masa cuadrada del recinto es como una mala encuadernación que encerrara la obra maestra de un artista. Se entra por una torre, y de inmediato el encanto se apodera de vos. Os encontraréis en un jardín cerrado, en un patio plantado de naranjos y de palmeras. Los canales de riego van de un lado a otro. Es el lugar de reposo que precede al templo. La gente viene aquí a dormir bajo la sombra de los naranjos. En la fuente central, mujeres y niñas llenan sus cántaros de barro claro. Atravesad el patio y empujad una puerta: pasaréis de la plena luz a la penumbra, pero la impresión se prolongará y la imagen del jardín no desaparecerá de vuestro espíritu. Sólo ha ocurrido que el bosque se ha hecho más denso y más sombrío. ¡Oh! ¡Qué maravilla de avenidas cubiertas! Centenares de columnas ligeras surgen por todos lados, esbeltas como el tronco de las jóvenes palmeras, de donde parten, bastante cerca del suelo, dos arcos superpuestos que las unen entre sí. Las columnas son de mármoles raros; los arcos, de piedras rojas y blancas alternadas.

Me introduzco en ese bosque sagrado, me apoyo en los pilares, sigo con la vista las avenidas que disminuyen, y he aquí que la primera sensación de bienestar y frescor, que me hacía recordar los pascos nocturnos bajo los árboles, donde la luz sólo llega atenuada y difusa, se transforma en un vago malestar. La alegría de este paraíso humano sólo me invade ligeramente. Busco, con la inquietud del prisionero, las naves del espacio por donde el alma pueda al menos escapar, las ojivas suplicantes, las clataboyas abiertas hacia el cielo, el gesto universal de las líneas que me invite a subir. Creía entrar en un lugar de oración, pero las cosas no me responden: no expresan el esfuerzo de la humanidad que sufre; me recuerdan otras emociones vividas en otros lugares que me agradan, pero no me engrandecen.

Temo ser injusto con este arte, temo no haberlo comprendido, y mientras el guía pasea su linterna a lo largo de las paredes doradas del lugar, en el que otras veces se situaba el Corán, vuelvo a dar la vuelta completa a la arboleda. Le digo todas las cosas que pueden agradar en mi opinión: «¡Qué bonita eres! ¡Qué armoniosa la curva de tus arcos! ¡Cómo se elevan estos fustes ligeros con flores rojas y blancas! ¡El poeta que te construyó te había soñado primero, echado junto a un manantial a la hora en que el poniente viene rozando la tierra y brinca sobre los sotos!» Pero mi corazón no se emocionó y me marché a ver el puente viejo.

Es magnífico. Dos siglos de lucha contra el Guadalquivir, contra la lluvia y el

viento, han roído la base de sus pilares y han desmenuzado sus piedras. Ha llegado a ser tan parecido al suelo de las dos orillas que une, que no se distingue de ellas, y que parece un largo talud de tierra moldeada, agujereado, endurecido por el tiempo y por los cascos de las caballerías. En un extremo, hacia el lado del campo, se levanta un castillo almenado tallado en la misma piedra.

La campiña cercana es triste, apenas tinteada de verde por algunos sauces pálidos. Hay bancos de arena que cortan el río. A mis pies, las terrazas plantadas descienden. Los muros, medio en ruinas, se bombean por la base y adentellan la corriente. Así, toda obra de hombre pierde su forma original y se funde poco a poco con la naturaleza. Mas en las estrechas terrazas, restos de jardines regios, los burgueses de Córdoba cultivan hoy sus legumbres, y aquí y allá se ve surgir la copa de un viejo limonero, la punta oscura de un viejo tejo, árboles venerables más hojosos que nunca, que la mano de los grandes califas tal vez tocara.

b) Bibliografía

Obras de René Bazin:

- À l'aventure, croquis italiens*, París, C. Lévy, 1891, 8.º K 1990.
Le Comte J. de Maistre, critique d'art et de littérature, Angers, Germain et G. Grassin, 1881, 8.º Z 1701.
Contes de bonne Perrette, Tours, A. Mame et fils, 1898, 4.º Y² 2754.
Croquis de France et d'Orient, París, C. Lévy, 1899, 8.º Y² 51904.
De toute son âme, París, C. Lévy, 1897, 8.º Y² 50339.
En Province, París, C. Lévy, 1896, 8.º Z 14275.
Ilumbrable amour, París, C. Lévy, 1894, 8.º Y² 49055.
Les Italiens d'aujourd'hui, París, C. Lévy, 1894, 8.º K 2526.
La Légende de sainte Béga. La fille du jardinier. Le contrebandier du Paradis. Le portrait inachevé, París, H. Gautier, s.d., 8.º Z 10658.
Ma Tante Giron, París, Retaux-Bray, 1886, 8.º Y² 8987.
Madame Corentine, París, C. Lévy, 1893, 8.º Y² 47311.
Les Noëlet, París, C. Lévy, 1890, 8.º Y² 43230.
Les Personnages de roman, París, L. de Soye et fils, 1898, 8.º Y² Pièce 1572.
La Sarcelle bleue, París, C. Lévy, 1892, 8.º Y² 46126.
Stéphanette, Tours, A. Mame et fils, 1897, 4.º Y² 5466.
Terre d'Espagne, París, C. Lévy, 1895, O. 391.
La Terre qui meurt, París, C. Lévy, 1899, 8.º Y² 51473.
Une tache d'encre, París, C. Lévy, 1888, 8.º Y² 41338.

Obras sobre René Bazin:

- BAUSSAN, Charles: *René Bazin*, París, P. Lethielleux, 1941, Col. «Publicistes chrétiens», núm. 5, 8.º Ln²⁷ 82070.

- CATTA, Tony: *Un romancier de vraie France*, París, Calmann-Lévy, 1936, 8.º Ln²⁷ 80805.
- CATTA, Jacques: «Souvenirs sur mon grand-père Bazin», *Mémoires de l'Académie des sciences d'Angers*, 1981-82, págs. 229-234.
- COFFEY, Donough J.: *René Bazin*, Angers, Éds. de l'Ouest, 1934, 4.º Ln²⁷ 80723.
- COUTURIER, Daniel: «Souvenirs de visites aux Rangeardières», *Mémoires de l'Académie des sciences d'Angers*, 1981-82, págs. 223-227.
- CROSNIER, A.: «L'Oeuvre de M. René Bazin», *Revue des Facultés catholiques*, abril 1904, págs. 486-599.
- CHARLES, J. Ernest: «René Bazin et la question sociale», *Le Censeur*, 19 octubre 1907.
- DOUMIC, René: «Un roman d'espérance sociale: Le Blé qui lève», *Journal des Débats*, 19 octubre 1907.
- DUVAL, J.: «M. René Bazin romancier», *Correspondant*, 10 noviembre 1907.
- FERNESOLE, P.: «L'oeuvre française de René Bazin», *Revue pratique d'Apologétique*, 1 y 15 julio 1915.
- FRANCIS-VINCENT, Mgr.: *René Bazin: l'homme et l'écrivain*, París, La Bonne Presse, 1940.
- GELSON, M. A.: *An analysis of the realistic elements in the novels of René Bazin*, Washington, The Catholic University of America Press, 1942.
- GUÉRIN-PELUSSIER, M.: «L'idée sociale dans les romans de M. René Bazin», *Revue de Lille*, noviembre 1903.
- HAFNER, Helen Karin: *René Bazin, peintre de la vie rurale*, París, L. Rodstein, 1935, 8.º Ln²⁷ 81234.
- HERMANT, Denise: «Il y a cinquante ans, mourait Bazin», *Écrits de Paris*, núm. 428, octubre 1982, págs. 84-88.
- KEMP, Robert: «René Bazin», *Revue Universelle*, 1 septiembre 1923.
- LACOMBE, E.: «Le roman provincial: M. René Bazin», *Revue du Midi*, Nîmes, abril 1905.
- LOUIS-ANTOINE, Le P.: *Un témoin de l'Église, René Bazin*, París, P. Lethielleux, s. d. Col. «Apôtres d'aujourd'hui», núm. 14, 16.º Ln²⁷ 86919.
- MOREAU, Abel: *René Bazin et son oeuvre romanesque*, Auxerre, M. Staub, 1934, 4.º Ln²⁷ 81231.
- *René Bazin*, París, Caritas, 1957, Col. «Visages et souvenirs», 16.º G 285(4).
- SOURIAU, Maurice: *René Bazin*, París, La Bonne Presse, 1945, 16.º Z 908.

IV. GABRIEL NIGOND

a) *El recado*

Al despuntar el alba, Choanet despierta, mira por la ventana sin cristales que da a la plaza, y junto al cielo otoñal, allá muy lejos, ve la campana de la iglesia, que el Angelus hace temblar.

Corre hasta el lecho de su madre, y a media voz le dice:

—¡Mamá, ya es de día!

Francisca suspira, y muy lentamente murmura:

—No puedo, no puedo levantarme esta mañana: el costado me abrasa y parece que el estómago se me ha descolgado. Lleva la cabra al prado, Choanet, y luego llégate a casa de Silvina y dile que venga pronto, lo más pronto que pueda venir.

Choanet mira sorprendido a la enferma. La víspera por la noche no se quejaba de ningún dolor. ¿Qué tendría, para quejarse y sudar, en vez de saltar del lecho con presteza y largarle un bofetón por tardar en vestirse?

Pensando esto, se pone los pantalones, empuja la puerta y sale. Bajo los copudos nogales no se ve a nadie; únicamente dos gatos se persiguen maullando. Luego, Juan Bibi, el sacristán, pasa con las manos metidas en los bolsillos y, como siempre, arrastrando su pierna coja. En el mismo momento, el asno de Luciano, al cual su amo engancha a la carreta, rebuzna. Y, como hace frío, Choanet continúa su camino tiritando un poco.

Al entrar en el establo se detiene un instante bajo el melocotonero de la tía Eufrasia, coge los dos últimos melocotones, y muerde golosamente la pulpa de la fruta. Después, desata la cabra, cuyos verdes ojos brillan cual si fuesen esmeraldas, y se aleja tirando de la cuerda. La cabra Berdina le sigue sin precipitarse, molestada a cada paso por la ubre, demasiado hinchada; su espinazo semeja la raíz de la hierba vieja, y sus duras pezuñas se hunden profundamente en el blando suelo.

Se obstina en roer una zarza que crece junto al muro de la iglesia; las ortigas de una granja despiertan también su apetito; la fresca hierba de un sendero la atrae, y Choanet se impacienta tanto y tan bien, que con todas sus fuerzas tira de la cuerda, y el animalito empieza a balar...

En casa de los Folicher se están desayunando, y el pequeño Esteban, que herrea de lo lindo, golpea la mesa con la cuchara. Choanet vuelve la cabeza y prosigue su camino, empuja la valla del prado y cruza por la alta hierba, completamente mojada por el rocío. Planta una estaca, a ella ata a la cabra Berdina, y se sienta en el tronco de un añoso sauce que se encuentra junto al arroyo.

Antes de rasgarse, la niebla se alza lentamente y flota por encima de los prados. Un pez salta delante del sitio en que se encuentra Choanet, y éste salta también, emocionado y lamentando en voz alta no haber traído la caña. De pronto, Yo aparece al otro lado del riachuelo. Yo es el compañero de Choanet, y los dos se entienden maravillosamente para hacer novillos, para no ir a la doctrina, para construir molinos, para robar fruta y para asar al aire libre los pájaros cazados por ellos con lazo. Los dos tienen el pelo negro, mirada viva y boca que siempre ríe.

—¿Qué haces, Yo?

—¡Cojo cangrejos! Ya tengo cuatro pequeñitos, y he marrado uno grande. ¡Uno grande como mi mano!

Se mantiene inclinado sobre una piedra, en equilibrio, con las mangas y los pantalones recogidos, y con la mano registra las guijas del fondo.

—¡Otro que se escapa! —exclama.

Choanet no se puede contener, y de un salto se planta dentro del agua. A su alrededor caen las hojas, y a veces toda la hojarasca de un avellano se desploma encima de ellos mientras las desnudas ramas se agitan con violencia y se dirigen al cielo. Las rojizas hojas, mecidas por las pequeñas olas, aminoran la corriente del

agua, se detienen un momento en las orillas, y luego, cediendo, desaparecen río abajo...

Un martín pescador, en busca de un álamo, pasa de una margen a otra.

Choanet coge el primer cangrejo que se le agarra a un dedo, pero él le arroja sobre la hierba, y con loca alegría empieza a dar saltos a su alrededor. El cangrejo abre las patas y retrocede, golpeando el suelo con fuertes coletazos. Choanet, por miedo a que se le escape, lo ata en su pañuelo y vuela al río. Y colorados y reventando de satisfacción y entusiasmo, continúan la pesca hundiendo los brazos en el agua turbia. Cuando tienen cincuenta cangrejos, Yo declara:

—¡Hay que venderlos!

—Sí —contesta Choanet—, pero ¿a quién?

—Al Marqués de Arbry —añade Yo—. Me tiene recomendado que le lleve cuantos pueda coger, y los paga bien. Conque derechitos a su casa.

Y apretando entre las manos los repletos pañuelos, llegan al camino. Las nubes ruedan tan bajo, que a lo lejos parecen arrastrarse por el suelo. Los dos muchachos avanzan uno tras otro, como es costumbre en ellos, y al extremo del camino, medio envuelto entre un bosque de robles, aparece el rojo tejado del castillo. Entran en el patio, y el perrazo que lo recorre lentamente ni siquiera se digna ladrar al verles. Yo conoce a la cocinera. Esta, sentada junto a la lumbre, despluma un pollo.

—¡Salud, Eugenia!

Le ofrecen los cangrejos, y cuando acaban de extenderlos en el suelo entra el Marqués. A los ochenta años se conserva tan tieso, que Yo, para hablar con él, tiene que levantar mucho la cabeza. Vuelve de caza, y su guarda Prudencio lleva el zurrón, por el que asoman las patas de una liebre y la cabecita de una perdiz. El Marqués tira de las orejas a Yo, da una palmadita en la mejilla a Choanet, cuenta los cangrejos y les da tres francos. Y los chicos se van, llevando cada uno en la mano una tostada con manteca que les ha preparado la cocinera.

La granja está abierta, y se encaraman en el pajar para comer tranquilamente y descansar un rato. A sus pies, la granja duerme con su heno, su grano y sus raciones. En un rincón se amontonan los haces de paja y de leña; un arado mohoso duerme con la reja al aire, y de tiempo en tiempo los pichones vuelan de un lado a otro y arman un ruido de todos los diablos. Comida la tostada, Choanet y Yo se dejan resbalar, y al sentir las cosquillas de la hierba seca, ríen a carcajadas.

—¡Qué bien se está aquí! —dice Choanet—. Esto es mejor que un colchón de plumas.

Pero se van porque los haces se les vienen encima. En el patio encuentran a un mozo de cuadra que para asustarles hace chasquear su látigo y lanza en su persecución una trailla imaginaria. Choanet y Yo salen por pies, saltan una valla y se encuentran en una viña, cuyas cepas se doblan al peso de los racimos.

—¡Pronto, pronto!

Y Yo se da tanta prisa en morder los granos, que se tiende en el suelo y come sin cortar los racimos. Y los dos, repletos como tordos, se ponen a cantar. Sus pobres voces desentonan, pero aun cuando Yo canta demasiado bajo y Choanet demasiado alto, el aliento no les falta nunca. Y cantan hasta que agotan su repertorio infantil. Después, Yo declara muy formalmente que hay que echar un trago.

En una revuelta del camino, el parador de Luisa parece acurrucarse entre un

campo de retamas. Se instalan ante un jarro de vino tinto, y en cuanto lo vacían, Choanet reclama otro. Luisa les sirve riendo, y con las manos apoyadas en las caderas, se para a contemplarles. Al salir del parador, Yo se apoya en el brazo de Choanet, y los dos confiesan que a un tiempo se sienten ligeros y pesados. Miran al cielo, andan haciendo eses, y llegan al convencimiento de que se han emborrachado como los hombres.

Pálido sol de otoño platea los charcos, pero por el lado del bosque de Verviers, las nubes apagan sus rayos. Los muchachos reanudan sus cantos y cuando alguien se acerca, se esconden en la cuneta. Choanet siente pesada la cabeza, seca la garganta; ante sus ojos, bolitas rojas bailan una danza endiablada, y sus desnudos pies tropiezan con las piedras. Al fin se tienden en un campo de remolacha, y cuando el viento sopla con fuerza, se aprictan uno contra otro. Por espacio de unos minutos, Yo hace sonar los cuartos que le quedan en el fondo del bolsillo, y luego se queda dormido. Choanet duerme ya.

Y duerme durante cinco horas, hasta que la lluvia les despierta. Caen grandes gotas, y el viento dobla los cañaverales. Choanet sueña que le arrojan arena a la cara; se lleva las manos a la frente, y se convence de que no hay arena, sino lluvia. De un salto se pone en pie, despierta a Yo, y éste pregunta:

—¿Dónde estoy?

Un carricoche amarillo les salpica de barro. Triste vehículo arrastrado por un caballo escualido y un asno ciego... El cochero, bajito y grueso, sentado en la vara de la derecha, silba y aspira con fruición el aire húmedo y perfumado. En el carricoche, una vieja enorme hace cestos, mientras un mocetón, joven y fuerte, fuma una pipa corta y sonríe enseñando los dientes... Choanet tiene miedo y quiere arrastrar a Yo, pero el hombrecito detiene el vehículo.

—¡Subid! —dice dirigiéndose a Choanet.

Choanet no se atreve a contestar, y entonces Yo se acerca.

—Vamos a ver —grita—, ¿por qué hemos de subir?

—¡Subid! —repite el hombre, echando pie en tierra.

Y en un abrir y cerrar de ojos mete a los dos muchachos en el carricoche.

—¿Vais hasta la aldea? —les pregunta la mujer.

—¡Queremos bajar! —grita Choanet pataleando.

—¡Bueno! —contesta el mocetón de la pipa—. Bajaréis al final de la cuesta.

Y luego, con voz dulzona, les hace mil preguntas con respecto a la comarca, a los que viven en la aldea; averigua la importancia de la cosecha, y muestra gran insistencia en conocer la casa del guardabosques y la edad del cura. Yo, atemorizado, responde entre dientes, y al fin, como la aldea se acerca, repite:

—¡Queremos bajar!

El hombrecito hace chasquear el látigo, y las bestias corren más de prisa.

—¡Queremos bajar! ¡Queremos bajar! ¡Queremos bajar! —grita Yo pataleando, al tiempo que Choanet rompe a llorar.

Nadie les oye. El carricoche cruza la aldea a trote largo, y los pequeñuelos ven desfilar ante sus ojos la alcaldía, la iglesia, la escuela y las casas. Al pasar frente a la suya, Yo grita con todas sus fuerzas, pero el mocetón le tapa la boca metiéndole un trapo, pero él se le escapa de las manos y empieza a saltar como un gato montés. Choanet, enloquecido, le imita. Y por espacio de tres minutos de encaraman por

los cestos, rompen la vajilla, arrancan la cubierta de un canastro, y espumarajcando de rabia, arañan a cuantos se les acercan. Por fin, una trampa abierta en el fondo del carricoche cede al peso de Choanet, quien rueda por el barro, y Yo, dando un salto formidable, viene a caer entre las patas del caballo, que se asusta y echa a correr. El, se aleja precipitadamente, tomando a campo a través...

Al caer la tarde se sientan a la entrada de un bosque, a una legua de la aldea. Choanet está cubierto de barro, y sus lágrimas, mezcladas con la sangre, marcan en su cara dos líneas rojizas. El viento lleva hasta él el toque del Angelus, y apoyándose en un palo se pone en marcha. Así recorre tres kilómetros, encorvado como un viejo, sin pensar en nada y arrastrando sus doloridos pies. En el fondo del valle, el gallo del campanario taladra las nubes, y a su alrededor se alza el humo que sale de las casas. Cuando llega a las primeras, los hogares arden, y al cruzar una manada de gansos que prudentemente y contoneándose vuelven a su establo, reconoce a una mujer que hace media sentada a la puerta de su casa.

¡La Silvina!

Entonces recuerda el recado que su madre le ha dado para ella: «Llégate a casa de Silvina y dile que venga pronto, lo más pronto que pueda venir.» Se deriene temblando, con las sienes inundadas de sudor. Silvina se fija en la sombra, que, parada ante la valla, no se atreve a entrar. Y se levanta y reconoce a Choanet.

—¿Qué quieres a esta hora? —le pregunta.

Choanet baja la cabeza y balbucea:

—Mamá la llama y dice que vaya pronto, lo más pronto que pueda...

—¡Santo Dios! —exclama Silvina—. ¿Qué tiene tu madre?

Choanet no contesta; con la cabeza baja no hace más que repetir:

—Que vaya pronto, lo más pronto que pueda.

—Pues andando.

Silvina murmura palabras ininteligibles. El viento, que sopla a ráfagas, agita su delantal azul. Cuando llegan a la casa de Choanet, éste entra el primero y enciende la luz. Tembladizo resplandor se extiende por la habitación; en el fondo, la cama forma una mancha blanca. Silvina se dirige a ella rectamente. Francisca, vuelta de cara a la pared, no se mueve. Silvina le toca suavemente el hombro, y retrocede dando un grito:

—¡Dios! ¡Dios Santo! —exclama.

Está muerta.

b) *Bibliografía*

Obras de Gabriel Nigond:

Au pays de George Sand. Les contes de la Limousine, París, P. V. Stock, 1903, 8.º Ye 5733.

La Nuit d'auberge, pieza en un acto, en verso (Comédie Française, 18 octubre 1929), París, L'Illustration, 1929, 4.º Yf. Pièce 197.

La Dieu Terme, comedia en un acto, en verso (Comédie Française, 25 febrero 1907), París, Librairie Molière, 1907, 8.º Yth. 32173.

Le Feu sous la cendre, París, P. Ollendorff, 1909, 8.º Y² 57794.
Gone, París, P. Ollendorff, 1920, 8.º Y² 65082.
L'Honnête fille, comedia en dos actos, en verso (Nouveau Théâtre d'art, 7 junio 1913), 8.º Yth. 36005.
Kéroubinos, comedia en un acto, en verso (Nouveau Théâtre d'art, 21 mayo 1909), París, P. Ollendorff, 1909, 8.º Yth. 33256.
Le Livre de Thomas Gagnepain, soldat de la Grande Guerre, París, P. Ollendorff, 1919, 8.º Ye 9847.
Marie Montraudoigt, París, Plon, 1928, 8.º Y² 73481.
1812, pieza en cuatro actos, en verso (Théâtre Antoine, 28 febrero 1910), París, P. Ollendorff, 1910, 4.º Yth. 8208.
Novembre, poemas, París, P. V. Stock, 1903, 8.º Ye 5872.
L'Ombre des pins, poemas, París, P. V. Stock, 1904, 8.º Ye 6309.
Perlot, pieza en un acto, en verso (Nouveau Théâtre d'art, Salle du Palais-Royal, 20 marzo 1911), París, P. Ollendorff, 1911, 8.º Yth. 34186.
Poésies, París, L. Varnier, 1896, 8.º Ye 4088.
Le Coeur de Sylvie, pieza en tres actos, en verso (Bouffes-Parisiens, 25 noviembre 1906).

Obras sobre Gabriel Nigond:

BERTON, Henry: *L'Oeuvre poétique de Gabriel Nigond*, Chateauroux, G. Langlois, 1938, 4.º Ye. Pièce 2039.
 DEIHARE, Vincent: *Trois écrivains berrichons* (George Sand, Louis Boulé, Gabriel Nigond), Moulins, Crépin-Leblond, 1945, 16.º Z 629.
 THIBAUT, Joseph: *L'Oeuvre de Gabriel Nigond*, Chateauroux, Badel, 1938, 8.º Q 6636.

V. JULES BOIS

a) *El palacio de nieve*

—Nací en los alrededores de París —me dijo Jorge Derval, apoyándose en mi brazo, mientras por el helado campo la nieve extendía su inmensa sábana de blancura y de paz—. Cierto es que nuestra casita, con su tejado rojo y sus persianas verdes, enclavada no lejos del Sena y cerca del bosque de Meudon, ese bosque de hadas y de íntimos ensueños, que fue testigo de mis juegos de niño, no se parece en lo más mínimo a esas casas de piedra gris, a esas grandes casas melancólicas, ni a ese paisaje de Bretaña, paisaje grandioso y descarnado que llama a gritos a la leyenda y hace pensar en todo un pasado heroico, en todo un pasado heroico hoy inmóvil... Pero la nieve es la misma en todas partes. La nieve pura, la nieve suave, y ella me hace revivir —cuando, como ahora, se extiende espesa y uniforme, semejando blanca alfombra sobre la cual se hubiese de dormir el sueño de la inocencia—, me hace

revivir las primeras desilusiones que devastaron mi corazón de niño, mi primer gran dolor, y la explicación que de la vida me procuraron un muñeco y un palacio de nieve...

Ante nosotros, bordado por grandes árboles desnudos, el camino se extendía solitario y triste. Apenas si de trecho en trecho encontrábamos a algún hortelano siguiendo a pie a su carro, o a alguna vieja encorvada bajo el peso de un haz de leña. El sol no había salido todavía, aunque fuesen más de las siete; pero el horizonte empezaba a llenarse de nubes de tan delicados colores que hubieran desesperado a un acuarelista. A nuestra izquierda, la discótoma luna, matinal, palidecía; y a nosotros, el paseo aquel nos llenaba los pulmones de oxígeno para todo el día y teñía de rosa nuestras mejillas.

—Sí —prosiguió Jorge— mis dos hermanas y yo volvíamos del colegio, y nuestra admiración al contemplar el deslumbrador jardín, fue inmensa. De los arbustos colgaban estalactitas, y la casilla del perro parecía abrigarse con pieles de armiño. Y aquella contemplación fue causa de que nuestra imaginación empezase a trabajar. Nosotros soñamos en construir con esa materia inocente, con ese fusible mortero que del cielo cae para solaz de los arquitectos de diez años, nosotros también soñamos en construir algo nuevo, algo ideal. Nos cubrimos bien con las bufandas, nos encasquetamos las gorras hasta los ojos, y recogiéndonos las mangas, nos pusimos a trabajar como honrados obreros de la ingenuidad y del capricho.

Yo, con mis ágiles dedos, conseguí levantar un hermoso palacio, con anchas y achaparradas columnas, que recordaban en algo el frontón de un templo. Así los veía en mis sueños, y siempre creía entrar en ellos con mi vecinita, vestida de nieve o con las alas de un cisne; creía entrar en ellos con la vecinita, que tan cariñosamente me miraba con sus ojos claros, mientras pasaba la lengüecita por una gigantesca rebanada de pan cubierta con confitura... ¿Qué ocurría después? Generalmente el sueño se envolvía con nubes; pero nosotros éramos muy dichosos junto a nuestro rosal blanco, que para la solemnidad se había vestido con todas las rosas, y aspirando los perfumes de la iglesia, la bendita iglesia de los domingos, en cuyo ambiente floraba la esencia de Dios... ¡Calcula mi alegría cuando hube realizado groseramente el palacio de mis sueños, el palacio con anchas y achaparradas columnas, como el frontón de un templo, y tan alto, tanto, que para colocar los últimos puñados de nieve tenía que ponerme de puntillas y levantar mucho los brazos!...

Había trabajado con tanto entusiasmo y con tanto ardor, que ni siquiera una vez me había vuelto para contemplar la obra de mis hermanas. Y así ocurrió que, cuando mis ojos reconocieron en la estatua que ellas habían hecho a mi linda vecinita, me quedé con un palmo de boca abierta y sin poder articular una palabra. Nada faltaba, nada, ni siquiera la enorme rebanada de pan, ni siquiera la lengüecita, que parecía resbalar por ella, la puntiaguda lengüecita, blanca en la estatua, pero que en la realidad era de color rosa. Palmoteé con alegría, y acercándome a mis hermanas les dije: «Vais a ver, vais a ver; ahora que papá no está en casa voy a casarme con la vecinita. La tomaré por la mano izquierda, por la derecha no es posible, pues con ella sostiene la rebanada de pan, y vosotras, para impedir que se caiga, la empujaréis por detrás. Juntos entraremos en este hermoso palacio que acabo de construir, y en él viviremos toda la vida.»

¡Ay! ¡Cuánta razón teníamos al querer aprovechar la ausencia de nuestro padre!...

Desgraciadamente, el día aquel volvió más temprano que de costumbre, y apenas habíamos empezado nuestra solemne procesión nupcial, cuando su voz ruda llegó hasta nosotros. Y fue preciso dejarlo todo, abandonar el hermoso palacio, abandonar a la amada vecinita. Al ver a mi padre, mis hermanas echaron a correr, y a mí, que no me moví, me cogió por un brazo y me sacudió vigorosamente; pero seguro es que el castigo, que hizo enrojecer mis orejas, bastante coloradas ya, no me hizo llorar tanto como la orden cruel que dio a la criada:

—¡Vierta agua hirviendo por encima de esas porquerías!

Rompí a llorar. ¡La ideal prometida iba a morir, y el hermoso palacio, con sus achaparradas columnas, como el frontón de un templo, iba a desaparecer! Mi madre me tomó en sus brazos, me mimó, me acarició y me estrechó contra su pecho con angustia que, a pesar de mi desesperación, me llenó de asombro, pues sentí que todo su cuerpo temblaba... ¡Mi madre! Aún me parece que la estoy viendo, muy delgada, con ojos profundos, en los que brillaban enlazadas dos lámparas: la del cariño y la del dolor... Con los demás era un poco altiva; pero con nosotros era cariñosísima y muy tierna, y yo no podría comprender por qué, siempre que dirigía la palabra a mi padre, lo hacía con cierta turbación no exenta de impaciencia. Aquel día cambiaron algunas palabras, que fueron las rugientes nubes precursoras de la tempestad.

¡Aún creo estar viendo a mi padre cuando se exaltaba! En aquellos momentos, para nosotros no era un hombre, era un enemigo, y a mis ojos se presenta todavía el maligno resplandor de los suyos, y el violento temblor de sus manos. A los tiernos reproches, a la tierna protección sobre nuestros débiles sueños, extendida como tenue velo, respondió con brutal asalto de furor.

¿Qué palabra había podido pronunciar mi madre para desencadenar de tal modo su ira? El comprendió sin duda nuestro azoramiento, pues arrastró a su víctima a la habitación contigua, desde la cual sólo llegaron a nuestros oídos ruidos ahogados, a los que respondían sollozos entrecortados.

Una hora después entré en el cuarto de mi madre. Sus grandes ojos, siempre claros, se veían turbados por el rencor y por la desesperación. Corrí hacia ella y oculté mi cabeza en su falda, con objeto de no ver, de no comprender la gran desgracia. El estremecimiento de su cuerpo continuaba: era ese sacudimiento nervioso que agita a las bestias cuando se les asesina. Por fin, levanté la cabeza y la besé.

—¿Qué le has dicho, qué le has dicho a papá para que te haya hecho daño? —le pregunté temblando.

Pero ella, con la mirada inmóvil, callaba.

De pronto me miró como si quisiera penetrar en mi cerebro de niño, como si quisiera adivinar si yo era capaz de comprenderla, si era capaz de comprenderla y callar.

—Le he dicho —murmuró—, le he dicho que sin cesar, todos los días y todas las horas, hasta que no quedase ninguno, hasta que no me quedasen fuerzas para construir otros, había destruido todos mis palacios de nieve, mis pobres esperanzas, mis felicidades todas.

Luego calló, y yo miré a través de los cristales. El agua caliente había destruido por completo a la prometida ideal y el palacio encantador...; pero del cielo caía nueva nieve, mucha nieve, mortero de blancura inmaculada y de ensueño para los

niños arquitectos de diez años. Y exhalando un profundo suspiro de desahogo exclamó:

—Mamá, mamá, mira, con todos esos copos todavía podremos hacer prometidas y palacios...

Pero ella movió la cabeza.

—Los míos, hijo mío, han desaparecido para siempre, y no podríamos volverlos a hacer aunque dispusiéramos de toda la nieve que hay en el cielo.

b) *Bibliografía*

Obras de Jules Bois:

- L'Au-delà et les forces inconnues*, París, P. Ollendorff, 1902, 8.º R 18131.
La Douleur d'aimer, París, P. Ollendorff, 1896, 3.ª ed., 8.º Y² 50875.
L'éternelle Poupée, París, P. Ollendorff, 1894, 8.º Y² 48769.
L'Ève nouvelle, París, E. Flammarion, s. d., microficha 12831.
La Femme inquiète, París, P. Ollendorff, 1897, 8.º Y² 50711.
Il ne faut pas mourir, París, Librairie de l'art indépendant, 1981, 8.º Ye Pièce 2989.
Le Monde invisible, París, E. Flammarion, 1902, 8.º R 18056.
Le Mystère et la volupté, París, P. Ollendorff, 1901, 2.ª ed., 8.º Y² 52965.
Les Noces de Sathan, París, A. Savine, 1890, 8.º Yf Pièce 117.
Les petites religions de Paris, París, L. Chailley, 1894, Ld¹⁸⁶ 8.
La porte héroïque du ciel, París, Librairie de l'art indépendant, 1894, 4.º Yf 84.
Prière, París, Librairie de l'art indépendant, 1895, 8.º Yc 3951.
La Satanisme et la magie, París, L. Chailley, 1895, microficha 9863.
Une nouvelle douleur, París, P. Ollendorff, 1900, 3.ª ed., 8.º Y² 52079.

VI. CLAUDE FARRÈRE

a) *La prudencia del emperador*

En aquellos tiempos, el emperador Amarillo Hoang-Ti guiaba a su pueblo a través de la desierta tierra. El pueblo formaba compacta multitud, y todo el día y todos los días caminaba silenciosa y oscuramente, siguiendo a su emperador; y cuando la noche llegaba, se acostaba sobre el duro suelo. No tenían dromedarios ni caballos, y casi estaban desnudos. Y su piel blanca brillaba, pues el ardoroso sol de las llanuras centrales no la había dorado todavía.

Únicamente era amarillo el emperador.

Sus negros cabellos, ásperos y rudos, se enmarañaban, y en sus cerebros no germinaba ningún pensamiento. No se sabe de dónde procedían. Las grandes soledades glaciales les habían visto pasar. Y se dirigían al bosque terrible, bosque lleno de dragones, de tigres y de genios, el bosque guardián que impedía el acceso al Prometido Imperio, como los perros impiden el acceso a la morada del amo.

Todas las noches, cuando Hoang-Ti plantaba su tienda —tienda hecha con pieles—, el pueblo, con los ojos fijos en el horizonte Sur y en la tienda, veía claramente que allí, en las profundas lejanías, surgían palacios.

Ahora bien: una noche, Hoang-Ti plantó la tienda imperial junto a un río muy ancho que después se ha llamado Hoang-Ti, el Amarillo. Al otro lado se alzaban los primeros árboles del bosque guardián.

Hoang-Ti llegó hasta la rápida corriente del agua, y por espacio de largo rato permaneció mirando al bosque, que desde el negro Este al rojo Oeste se extendía infinito... Hoang-Ti escuchó cómo sus hojas, azotadas por el viento, lloraban; cómo sus dragones, ansiosos por la proximidad de los hombres, silbaban, y cómo los tigres, arrojados de sus cavernas por el fresco de la noche, rugían... El temeroso pueblo, detrás de su emperador, adivinó en las sombras el vagabundo vuelo de los genios que acudían silenciosamente. Y los hombres, viéndose frente a tantos peligros, se llenaron de espanto. El mismo Hoang-Ti, insensible al temor a las fieras o al temor a los dioses, tal vez tembló también, frente a los umbrales del Prometido Imperio, pensando en la obra que precisaba realizar.

Pero cuando las sombras se extendieron por el Oeste y Hoang-Ti se decidió a entrar en su tienda, en su cerrado rostro no se leía la menor turbación.

Cuando salió la luna, los hombres que velaban llevaron a un extranjero a presencia del emperador. El extranjero parecía un hombre, pero tenía seis brazos y su rostro era bermejo. Y no hablaba, pero reía con risa eterna.

Cuando hubo entrado en la tienda, se sentó, y Hoang-Ti, que era un dios, adivinó que el extranjero también lo era. Animado de pronto por la esperanza de un mensaje o de una alianza misteriosa, Hoang-Ti despidió a sus servidores y se quedó solo con su huésped. Y sentados los dos en la ancha silla de ébano con incrustaciones de nácar, permanecieron mirándose largo rato. En la tierra reinaba el silencio, y los genios del bosque, como si el extranjero mandase en sus hordas, habían huido. Sin embargo, Hoang-Ti no leía nada en el rostro rojo que estaba frente a él, y el impenetrable huésped seguía riendo.

Cuando los gallos cantaron por vez primera, el extranjero se tumbó en el suelo, sobre el costado derecho, y el emperador, que miraba atentamente, vio que soplaba con fuerza por tres veces. Inmediatamente, como por obra de magia, del suelo surgió un bambú, y luego una adormidera, y luego una llama. El extranjero partió el bambú y cogió la adormidera. Por sortilegio, el bambú se ornó de oro y de jade, y de la adormidera se desprendió un licor que parecía miel negra.

Y aquello fue la primera pipa y el primer opio.

El dios rojo, con la pipa en los labios, balanceó el opio por encima de la llama, y fumó. La tienda se estremeció. Olor prodigioso que jamás perfume alguno podrá imitar llenó la tienda, y las pesadas espirales del humo se arrastraron primero por el suelo, para elevarse luego lentamente. El perfume llegó hasta el emperador Amarillo, quien, tumbándose en el suelo sobre el costado izquierdo, frente al fumador, tomó la pipa y fumó a su vez.

Y, en medio de su embriaguez, Hoang-Ti tuvo una visión. A través del flotante muro de la tienda, muro que se había vuelto diáfano, se transparentó el bosque guardián del Imperio. Y, como si los siglos hubiesen precipitado repentinamente su carrera, Hoang-Ti vio que su pueblo cruzaba el río y se dirigía hacia el bosque.

¡Formidable marcha! Contra el pueblo, el bosque lanzaba el ejército de sus dioses y el ejército de sus monstruos. Los árboles apretaban sus filas y se unían entre sí con sólidos bejucos que renacían a medida que se les iba cortando. Los pantanos se agrandaban y se poblaban de sangrientos dragones, devoradores de hombres, y de genios secretos que herían mortalmente a cuantos se arriesgaban a penetrar en sus dominios; y los hombres palidecían, temblaban, sus dientes castañeaban, deliraban y divagaban, y no tardaban en morir presa de visiones horribles. Otros dioses, dragones ligeros que volaban por los aires, se cernían sobre el pueblo y se dejaban caer convertidos en lluvia tenebrosa que pesaba hasta el extremo de aplastar. Y las bestias acudían en socorro de las divinidades. Las venenosas serpientes se emboscaban entre las muertas hojas; los tigres daban saltos espantosos y no llegaban nunca al suelo sin que sus garras hiciesen una víctima, y los elefantes trazaban por todas partes caminos sangrientos que cubrían con cuerpos palpitantes y miembros aplastados. Y cada paso del emperador, y cada paso del pueblo, costaba más sangre que un día de batalla.

Con todo, el emperador y el pueblo avanzaban, y poco a poco, irresistiblemente segaban el bosque. Y dejó de haber bosque. Entonces apareció la llanura Central, desnuda, árida, llena de estepas, de lagos y de pantanos, extendiéndose indefinidamente en todos sentidos. Y el pueblo, agrupado en el centro de la llanura, contempló lo hecho y pensó en lo que quedaba por hacer.

Cuantos habían ayudado a segar el bosque habían muerto, como habían muerto también sus hijos y sus nietos. Pero la cuarta generación roturaba la llanura.

Hoang-Ti vio en la cima de la montaña más alta su tumba, que guardaban siete avenidas de tigres de granito.

La quinta generación araba la llanura. Las estepas, una tras otra se convertían en campos, del mismo modo que los pantanos se convertían en arrozales. Nueva verdura, lozana y fresca, vestía al Imperio. Los tigres, perseguidos, huían a través de las montañas llenas de nieve, y los elefantes, capturados y domesticados, tiraban del arado. Los dragones aéreos habían muerto, y sus hijas, las nubes, derramaban sobre la tierra fecunda lluvia. El pueblo, aumentando constantemente, era innumerable, y las mujeres, doradas por el sol, a imagen del fundador Amarillo Hoang-Ti, eran muy hermosas.

Venía luego la época de las ciudades. A orillas de los ríos, de los lagos, en los cruces de los canales y de los caminos, junto a las bahías y a las raldas y a la templada sombra de los valles ceñidos por montañas, las ciudades nacían. Primero algunas casas, que temían a la lluvia, al viento y al rayo; luego aldeas más atrevidas, y más tarde orgullosas ciudades, que se adornaban con palacios y se acorazaban con murallas. Y por fin, gigantescas capitales, con estanques de mármol y pagodas de cedro. A lo lejos, en el circular horizonte, resplandecían los tejados de porcelana, tejados con los ángulos curvados, semejantes a los de las tiendas de otros tiempos. Y bajo la sombra de los morales, en el risueño campo que servía de marco a las ciudades, los dóciles gusanos de seda hilaban las brillantes telas que los hombres empleaban para vestirse.

El emperador y su pueblo habían vencido.

Y los dioses, dulcificados y reconciliados, abandonaban sus hostiles soldadas para ocupar las pagodas, en las cuales se les erigían estatuas esculpidas en oro puro.

En el centro de la más rica de las diez y siete provincias, junto a un río, se alzaba la más grande de las diez y siete capitales. Hoang-Ti la miró. No era la más antigua ni tampoco sería la Eterna, pues otras habían de venir a sucederle, pero en aquel momento estaba en su esplendor y era la emperatriz de las ciudades todas. Su muralla gris servía de cintura a una muralla roja; dentro de la muralla roja había una muralla amarilla, y dentro de ésta se alzaba un palacio de color violeta. En él vivía el emperador.

Y Hoang-Ti le vio. Estaba tendido sobre una estera y bajo un parasol constelado de gemas. Sus servidores, prosternados a lo lejos, le adoraban y quemaban incienso en diminutas alnejas de plata. Estaba tendido en una estera. En la mano tenía una pipa. Fumaba. Soberana felicidad brillaba en sus ojos: la misma felicidad que Hoang-Ti sentía brillar en los suyos. Inexpresable paz reinaba en el santuario imperial: la paz misma que Hoang-Ti sentía reinar en su tienda, entre el dios rojo y él mismo.

Pero los ojos de Hoang-Ti vieron más lejos.

Fuera del palacio, fuera de las murallas amarilla, roja y gris, la ciudad entera fumaba, fumaba como el emperador. El humo del opio salía de las pipas y sumía al pueblo en sublime embriaguez. Y bajo las anchas frentes vivía el pensamiento, magnificado por la divina droga.

Fuera de la ciudad, fuera de la provincia, hasta las nevosas fronteras que limitaban el imperio Central, en las ciudades, en las aldeas y en pleno campo, flotaba el humo del opio. Y por todas partes, con él llegaba la paz, la tolerancia, la filosofía. Así empezaba el reinado de la prudencia y de la felicidad.

El imperio estaba fundado, y era próspero. El pueblo, triunfante, gozaba sin esfuerzo de la victoria, y el opio le enseñaba la dulzura del descanso, el lento goce de la lánguida pereza, en el fondo de los fumadores, bajo el vuelo ligero de los sueños que flotaban entre el negro humo. El opio filosófico templaba las bárbaras rudezas, domaba las desproporcionadas energías, afinaba y civilizaba las brutalidades demasiado poderosas y demasiado fecundas. Y, gracias al opio, el pueblo iba a ser muy prudente y muy dichoso, demasiado prudente, demasiado dichoso (...)

Al salir el sol, Hoang-Ti, muy pálido y con ojos que parecían dos espejos de bronce, salió de su tienda. Llevaba en la mano la pipa, la hornilla y el opio. El dios de rostro bermejo se había desvanecido con la noche fugitiva.

Hoang-Ti se dirigió hacia el río, y el pueblo, caminando silenciosa y oscuramente, siguió a su emperador.

Hoang-Ti pensó que tenía entre sus manos la prudencia y la felicidad del pueblo todo. Pero al mismo tiempo vio el bosque, el bosque que precisaba segar, y midió el abismo diez mil veces profundo que separaba al bosque del imperio. Y miró al pueblo, extraordinario instrumento de labor.

El pueblo era salvaje, duro, poderoso; el instrumento rústico era fuerte, irresistible. Una vez afinado, pulido, su fuerza creadora iría a perderse, evaporándose entre las espirales del negro humo...

Hoang-Ti pensó todas estas cosas, sin que ninguna de ellas se transparentase en su frente inmóvil.

Entonces, cuando sus pies entraban en el agua del río, murmuró:

—Más tarde...

Y abrió las manos. Pipa, hornilla y opio cayeron al suelo. Y el pueblo, sin mirar, lo pisoteó todo.

b) *Bibliografía*

Obras de Claude Farrère:

- La Bataille*, París, A. Fayard, 1909, 8.º Y² 59642.
Les Civilisés, París, P. Ollendorff, 1906, 8.º Y² 22425.
Los Civilizados, versión de Miguel de Toro y Gisbert, París, P. Ollendorff, s. d. 8.º Y² 59617.
Fumée d'opium, París, P. Ollendorff, 1911, 18.º ed., 8.º Y² 59618.
Humo de opio, versión de Miguel García Rueda, París, P. Ollendorff, 1911, 8.º Y² 59619.
L'Homme qui assassina, París, P. Ollendorff, s. d., 1907, microficha 9219.
El hombre que asesinó, versión de Carlos de Batlle, París, P. Ollendorff, s. d. 8.º Y² 59620.
Mademoiselle Dax, jeune fille, París, P. Ollendorff, 1907, 8.º Y² 59621.
La señorita Dax, versión de Carlos de Batlle, París, P. Ollendorff, 1909, 8.º Y² 57774.
Les Petites alliées, París, P. Ollendorff, 1910, 8.º Y² 58540.
Pour vaincre sur mer, París, E. Flammarion, 1906, 8.º I.F²⁵ 220.

Obras sobre Claude Farrère:

- MOULIS, André: «Farrère évoque Pierre Louÿs», *Littératures* 4, automne 1981, páginas 119-131.

VII. DANIEL LESUEUR

a) *Campanas de Pascua*

—Vamos a decir adiós a papá, que mañana, cuando os levantéis, ya se habrá puesto en camino —dice Raimunda a sus hijos.

Su marido fija en ella una mirada prolongada. ¡Cuán tristemente ha pronunciado estas palabras! Pero al defenderse del asalto que intentan darle Pedrito y Elena, que le tiran de los brazos, se encaraman en sus rodillas y se le comen a besos, ríe a carcajadas.

—¡Sois insoportables! ¡Ya me habéis roto el periódico!...

—Papá, no te vayas mañana...

—Otro día, mañana no...

—¿Y por qué no me he de ir mañana?

—Porque mañana es Pascua...

—¡Bah! Pascua es un día exactamente igual a los demás; no es ni más largo ni más corto, y como los demás, pasará.

Caricias, reproches, súplicas, travesuras, todo es acogido con brusca frialdad. Los niños miran a su madre, que está bordando, pero ésta no levanta los ojos de la labor. Y a pesar del rosado reflejo de la pantalla que envuelve a la lámpara eléctrica, parece que palidece.

—Vamos, hijos míos, Fraülein os espera —dice el padre señalando al aya, que aparece en el hueco de la puerta.

En cuanto los niños desaparecen, Courval recoge su periódico del suelo, y, con excesiva atención, se dedica a la lectura del artículo de fondo.

—Oye, Luciano —le dice su mujer.

Luciano se estremece como si le llamase desde el otro mundo.

—¿Qué quieres?

—Supongo que no tendrás el menor desco de entristecerme...

—¡Claro que no!

—Pues bien: te ruego que delante de los niños no hables nunca más del modo que acabas de hacerlo. Los pobrecitos se han quedado sin saber lo que les pasaba... ¡Es tan diferente lo que yo les enseño!

—¿Tú tienes ganas de discusión! ¿Qué es lo que he dicho? ¿De qué crimen soy culpable?

—No se trata de ningún crimen, Luciano; pero muy humildemente, muy tiernamente, te suplico que delante de Pedro y Elena no expreses ideas como ésta: «Pascua es un día como todos los demás»

—¿Acaso no es cierto?

—No, no lo es.

—Para ti, que eres piadosa; pero para mí, que dejé de creer hace veinte años, es decir, el día que hice mi primera comunión...

—No, Luciano; tampoco para ti Pascua es un día como los demás. En los nombres y en las horas que tantas generaciones humanas han llenado con sus sueños, hay ecos...

—¡Eso deberías ponerlo en verso!...

—Búrlate de mí, si quieres; pero no turbes la conciencia de tus hijos.

—Me parece, Raimunda, que tienes ganas de sermonear... Los niños han de oír cosas mucho más duras, pues la fe que les inculcas no resiste a cuatro palabras...

—Luciano..., basta, te lo ruego.

La voz que pronuncia estas palabras se antoja áspera a aquel a quien van dirigidas, y la severidad de aquella carita deliciosa, la contracción de las cejas, el desolado asombro que reflejan los ojos, todo sienta mal al marido, que se encuentra en un estado de alma muy particular. Y Luciano piensa: «Hija mía, te pones fea, vas haciéndote insoportable, y esto no puede venir más a tiempo.»

Y exhala su amargura diciendo:

—Sin duda te has propuesto que regañemos, y esto lo haces la víspera del día que voy a emprender un viaje que podría prolongar...; decididamente, las mujeres sois muy torpes.

Tira el periódico, se pone en pie y añade:

—Buenas noches, Raimunda: me acuesto, pues pienso salir a las siete, y yo mismo guío el automóvil... Malditas las ganas que tengo de ponerme nervioso por tonterías y disparates.

Y sale de la habitación. Los visillos de la puerta de cristales tiemblan todavía un momento y el salón queda sumido en el silencio.

Por espacio de algunos minutos, el rostro de la esposa de Luciano se contrae... ¿Llorará?... No; se ha propuesto mostrarse altiva, mostrarse insensible. Cumplirá con su deber. ¿Qué necesita para ser feliz? Sus hijos, nada más que sus hijos, y sólo para ellos y por ellos existirá.

¡Cuán sencilla le parece su resolución! Extraordinaria fuerza de resignación se apodera de ella, y pasea por los objetos que le son familiares sus dilatadas pupilas, en las que brilla el entusiasmo de las resoluciones heroicas.

Pero, de pronto, su pecho se hincha y sus labios tiemblan; su rostro, iluminado un momento antes por la alegría, se contrae y desfigura, y con violenta explosión de angustia lo oculta entre sus manos.

—Si por lo menos estuviese segura —murmura— de que no va a ver a esa mujer...

* * *

Bajo un claro cielo de abril, por entre paisajes que todavía conservan las tristes huellas del invierno, y entre nubes de polvo que desvanece el viciñecillo fresco y agradable, el automóvil corre a gran velocidad.

Luciano de Courval, puestas las manos en el volante y completamente solo, a pesar de que tiene al lado a su mecánico, correcta efigie de inverosímil inmovilidad. Luciano de Courval vuela a su cita.

No es cierto lo que ha dicho a su mujer al hablarle del amigo que el lunes por la mañana se embarca en el Havre, amigo al cual su afecto no le permite dejar partir sin consagrarle la última tarde.

No; a un amigo se le despide a bordo del vapor y la despedida es cuestión de una hora; pero en un hotelito que se alza junto al mar le espera la cabecita más deliciosa que imaginarse puede, una cabecita rubia que sostiene un cuello de estatua florentina, una cabecita en la que brillan unos ojos grandes, muy grandes. Una mujer..., aquella mujer que motivó la repentina angustia de la señora Courval. Porque la teme como las esposas temen a las criaturas demasiado seductoras y como las enamoradas temen a aquellas cuyo reflejo han sorprendido en el corazón que no quieren perder.

Y hacia ella va Luciano. Ha luchado contra sus encantos, pues desde el primer momento comprendió que no quería conquistarle por capricho y que la aventura podría llevarle demasiado lejos; pero el sordo trabajo del deseo, a medida que se exaltaba el objeto de ese deseo, ha dado al traste con los preciosos tesoros que siempre y a todo se debieran preferir. La ternura conyugal y paterna, los honrados escrúpulos y hasta el mismo hogar han perdido poco a poco su poder. Luciano de Courval, sin confesárselo, admite la posibilidad de comprometerlos, de perderlos quizá. Y al aceptar la primera cita, la cita decisiva, sabe que la aventura no ha de durar un día tan sólo.

Tiene miedo de lo que hace, pero este mismo miedo le sirve de acicate... está decidido, está ebrio, está loco, y por la carretera llena de polvo lanza su máquina con fatalista frenesí, del mismo modo que lanza la vida de los suyos hacia horizontes desconocidos.

Con todo, momento llega en que tiene que aminorar la velocidad, pues las revueltas bruscas y las pendientes peligrosas no faltan. Pasa por una aldea, y el

automóvil avanza entre dos filas de casas. Por las tapias de los jardines asoman las primeras verdes hojas de las lilas, y las líneas irregulares de las casas recortan el vivísimo azul del cielo. Fresco olor de savia y de establo flota por el aire, y Luciano de Courval siente que en su corazón reviven las horas lejanas y ya olvidadas de su vida.

De pronto, las campanas, lanzadas al vuelo, hacen más punzante el inconsciente recuerdo. Ritmo de alegrías, sonoridades de fiesta, alas de metal que revolotean, se rozan, y vibran en el aire, sacuden sus nervios.

Y Luciano de Courval todavía disminuye más la velocidad de su vehículo. Un estremecimiento agita su cuerpo, y dulce nostalgia hace que sus párpados se agiten sobre sus ojos húmedos.

Con voz ensombrecida, algo turbada, el impassible servidor, que permanece rígido a su lado, murmura:

—Las campanas de Pascua...

El también, a pesar de la máscara de hielo que le cubre el rostro, de la rigidez de su cuerpo, de la librea que le impersonaliza, no puede contener los ecos del pasado. Ha sido niño... luego adolescente, ha estado enamorado y ha creído gozar de toda la felicidad del mundo en las hermosas mañanas de Pascua, mientras las campanas sonaban.

* * *

De pronto Courval lanza su máquina hacia adelante. La aldea se queda atrás, los campos se extienden ante su vista; vuela, y así se libra de la enojosa opresión.

Raimunda ha aceptado bucnamente el pretexto de la partida del amigo, y, después de todo, a su marido le toca evitarle pesares inútiles...

Piensa en ella... Decididamente, al discutir con ella la noche anterior, hizo mal mostrándose violento, y tanto más cuanto que en el fondo pensaba lo mismo que ella. Ligero remordimiento se había apoderado de él cuando los niños pesarosos y tristes, se habían retirado al oírle decir que el día de Pascua era un día como todos los demás... El mismo lamentaría muchísimo que, en los tiempos en que era pequeño, el día de Pascua hubiese sido un día como los demás... Los chiquillos tienen derecho a esas horas que el misterio magnifica, esas horas que más tarde constituyen sus recuerdos.

—Sí, hice mal, muy mal —piensa Luciano—. De ello me he dado cuenta al oír las campanas...

Pero qué..., ¿las oye todavía?... Sin duda la sugestión. ¡Qué ilusión más extraña!... Y de nuevo acorta la velocidad y escucha atentamente.

—Son las campanas del campanario de allí, a la derecha, se ve a lo lejos... —murmura el mecánico, que parece pensar lo mismo que su amo.

En efecto: en un repliegue de la colina se alza agudísima flecha. Los dulces sonos, velados y lejanos, dispersados y llevados por la brisa, flotan sobre la oscura superficie de la tierra.

—¡Cierto es! —se dice para sí el señor de Courval, y vuelve a ponerse en marcha, pero con velocidad más moderada. ¿Qué harán hoy los pequeños y qué hará su madre?... Antes de marcharme hubiese debido prepararles algo... Veamos, por la tarde, si no recuerdo mal, asistirán a una fiesta de casa de amigos, donde habrá huevos de Pascua y sorpresas... Pasarán un buen rato, y con respecto a Raimunda, puedo estar tranquilo...

Algo inquieto por el sesgo que toman sus pensamientos, Courval, con objeto de resucitar su éxtasis, recuerda la imagen que le atrae: pelo rubio, rostro infantil y ojos que miran sabiamente... ¡Oh! Esos ojos de oscuro azul, tan grandes, tan luminosos..., dentro de una hora fijará en ellos los suyos, y así leerá lo que está escrito en el alma que los anima.

De sus labios se escapa un suspiro... ¿Se satisfará descubriendo todo lo que reflejen, todo lo que duerma en su abismo, todo lo que les procura la seguridad de la seducción?

—¡Bah! —se dice—. Las mujeres sin misterio, como Raimunda, no nos inspiran pasiones irritantes y tenaces, esas pasiones que abrasan la sangre y de las cuales no se puede curar...

¡El alma transparente de Raimunda! ¿Por qué piensa en ella? Sí, se lo explica... Pero a ambos lados de la carretera se alzan aldeas y ya no es un campanario solo el que lanza al vuelo sus campanas, son veinte campanarios. ¡Qué concierto!... Poderoso canto de bronce se alza y flota sobre la cercana ciudad... Luciano de Courval cree verse subiendo la escalinata de Santa Clotilde al lado de su prometida, vestida de blanco... La idea de franqueza y de candor, la religiosa voz de las campanas, han hecho resurgir el minuto sagrado... ¡Cuán dichoso fue aquel día!... ¡Cuánto la quería! ¡Con cuánto fervor aceptó, no por deber, sino por privilegio imposible de perderlo, el deber de la fidelidad!... «¡Seré una excepción —se había dicho— y lo que los hombres consideran una falta sin consecuencias, será un pecado que siempre, siempre, me inspirará horror! Además, ¿dónde podría encontrar una mujer como mi Raimunda?»

Recuerda este delirio de posesión, de orgullo, de ternura, con el que había pronunciado estas palabras, mi Raimunda, antes de que fuese suya y mientras les unía la bendición del sacerdote...

* * *

—¿El señor desea que guíe un rato? El señor está muy pálido —se atreve a decir el mecánico.

—Advierto cierto ruido en el motor que me tiene inquieto. Vamos a detenernos un instante.

Y Courval para. El mecánico busca inútilmente algo que justifique los temores de su amo, mientras éste enciende un cigarrillo y dando algunos pasos se desentumece las piernas.

Un bosquecillo bordea el camino, y junto a la cuneta grupos de flores blancas y azules forman una alfombra. Las hay que parecen de oro, otras de color de malva, de todos los matices, y Luciano imagina ver a Raimunda y a sus hijos que hacen un ramillete. Sin duda la escena existe en su memoria, una de esas escenas de familia como las que la vida en común crea a millares.

—¿Dónde les he visto cogiendo primaveras? —exclama—. ¡Qué majadería! Esto parece una obsesión, y, sin embargo, ahora no se oyen campanas...

Sin querer escucha atentamente, y una ráfaga del viento fresco de abril le acaricia el rostro.

—¡Otra vez! —dice en voz alta.

Acaba de reconocerlas, pero sucnan tan lejos, que se puede dudar de que sea el

taba para recibirle fuese su antiguo amigo, el compañero de las primeras luchas; pero el espectro hablaba, y por la voz, aunque cascada y débil, le reconoció.

—Guillermo, siéntate, y, sobre todo, no hablemos de mí... No quiero que me compadezcan, y sé que es demasiado tarde para poder esperar... Te he llamado a ti, porque durante nuestra carrera hemos ofrecido el extraño espectáculo de dos rivales que no sentían celos uno del otro, que se querían con toda su alma y que no se olvidaban nunca. Oye..., me muero..., esta noche o mañana, no importa, pues ya las horas no tienen ningún valor..., y con todo, a los cuarenta años..., cuando se ha llegado al apogeo de la gloria...

Lorenzo se recogió un instante, y mirando fijamente a Guillermo, a quien el terror no permitía que pronunciase una palabra, añadió:

—Después de haber llegado al apogeo de la gloria, al apogeo de la fortuna, estando en el esplendor del otoño, que para mí no habrá durado más que un día... Vamos, ahora veo que soy cobarde... No, no es de esto de lo que se trata. Mi obra está completa, ya lo sabes, y no sé qué presentimiento hizo que el año pasado me apresurase a corregir todo lo mío... Quedará lo que quede: no hay nada digno..., pero...

El moribundo se detuvo de nuevo.

—Pero... —repitió Portal con voz débil.

Lorenzo Desmoulins, extendiendo sus manos lívidas, exclamó con extraña entonación, como si le hubiera dado un ataque de locura:

—¡Júrame por tu honor de hombre, por tu genio de poeta, que en este momento supremo, a dos pasos de la tumba, estoy hablando con un amigo sincero! Jura, Guillermo, jura, que tu juramento es necesario para mi tranquilidad.

Guillermo Portal, dando grave entonación a sus palabras, dijo:

—Lorenzo, lo mismo que en nuestra juventud, cuando no teníamos más bienes que el ensueño y las esperanzas; lo mismo que en toda nuestra existencia de hombres, cuando combatíamos uno junto al otro ayudándonos mutuamente, lo mismo en el pasado, en el presente, que en el futuro, he sido, soy y seré tu amigo fidelísimo, orgulloso de este título y celoso por haberlo merecido.

Lorenzo Desmoulins sonrió con satisfacción; parecía radiante.

—Bueno, bueno; estas palabras delatan la franqueza... Ahora, oye mi secreto... Durante estos últimos días, deshecho, vencido por el mal que me ahoga, roí espíritu, ya lejos de la tierra, ha concebido cosas divinas... He encontrado asuntos maravillosos, especialmente uno para un drama sublime, que no tengo ni tiempo ni fuerzas para escribir. Quiero legártelo a ti, que eres mi hermano..., y tú completarás la obra, tú le darás vida, y en el teatro, la noche que se represente nuestro drama, cuando el telón caiga entre aplausos delirantes, seguro estoy de que el primer actor, como si desafiase a la entusiasmada muchedumbre, pronunciará nuestros nombres...

—Habla, hermano; te escucho y no olvidaré nada. Acepto la herencia y te doy las gracias. Yo consagraré tu recuerdo siempre y cuando la tarea que me legues no sea superior a mis fuerzas...

Bruscamente, Lorenzo se estremeció, y con los ojos saltones y con entonación seca dijo:

—Aceptas demasiado de prisa, estás demasiado contento... Vete, traidor... Ya

saboreas la gloria que te dispones a robarme... No, no sabrás nada...; firmarías solo... No quiero, no quiero.

Guillermo palideció.

—Nosotros, que siempre nos hemos querido, ¿vamos a separarnos pronunciando palabras de odio?... Lorenzo, eres injusto... Mi buena fe es grande, y creo que el que falta a la palabra dada a un moribundo es un monstruo... Guarda tu secreto... Adiós.

Y se levantó para marcharse, pero Lorenzo le retuvo.

—Quédate... y perdóname... ¡Ah!, ¡qué horrible es que perezca el cuerpo cuando el alma está tan viva todavía! Quédate.

Se disponía a decirlo todo, pero nuevas vacilaciones se apoderaron de él. Por espacio de una hora tuvo a su amigo suspenso de sus palabras, haciéndolo jurar de nuevo, mezclando las frases cariñosas con las injurias, sin llegar a decidirse.

Y para concluir, dijo:

—No, no puedo... Pero pronto, si más allá de esta vida hay algo, si la idea sobrevive a la materia, no tardaré en juzgar, desde el lejano país adonde voy, a los hombres como realmente son. Entonces podré leer en el fondo de tu pensamiento y en el fondo de tu corazón, y si me convengo de que eres mi amigo fiel, abnegado y capaz de sacrificar por mi memoria, pues bien, hermano, una noche, un ser invisible murmurará palabras a tu oído... Pero tú sabrás que soy yo, que, cansado de misterio y arrepentido de mis dudas, te entregaré mi secreto y te confiaré los restos de mi genio. Y ahora, adiós para siempre... o hasta pronto... Vete.

Al día siguiente, al caer la tarde, Lorenzo Desmoulins se extinguió sin sufrir.

Y se habló de él durante tres días.

Pasó un año.

Una noche Guillermo Portal estaba en su gabinete de trabajo y vacilaba entre las cuartillas que tenía delante y la suavidad de una noche de verano que le invitaba al paseo.

De pronto, sin que supiese cómo ni por qué, se encontró sentado a su mesa y tomó la pluma. Parecía que estaba obedeciendo a una impulsión extraña, que trabajaba dormido... Y, como lo hubiera hecho un alucinado, se puso a escribir. Lúcidas, rápidas, completas, las ideas llegaban en masa a su cerebro sin que sintiese fatiga. Parecía que estaba escribiendo al dictado, obedeciendo a una voz imperiosa; con tanta facilidad concebía y daba forma a sus ideas. Hermoso, potente, fuerte, un drama nacía y se desenvolvía en su dócil imaginación; y no sólo la trama, sino el diálogo completo, la forma definitiva se creaba y vivía bajo su pluma.

Durante toda la noche estuvo llenando cuartillas sin tener que tachar nada, sin pararse un momento, sin que una construcción o una fórmula le hiciesen vacilar... El manantial era abundante, se convertía en río que creciendo se dirigía a la mar...; y hasta la misma mar se abría, infinita, ondulada, llena de sonoridades.

Cuando leyó lo que había escrito se asustó: era la obra maestra, era el paso que coloca en la cima. Por primera vez saboreó el orgullo, y cruzándose de brazos desdeñó a los demás. Estaba cien codos más alto que ellos, era su dios.

Llegó la noche del estreno. Más o menos encubiertamente, en todas partes se había hablado ya del triunfo seguro y grande, y los iniciados andaban de un lado

para otro hablando de obra definitiva, de obra genial. El teatro se llenó, y la muchedumbre esperaba la revelación.

Al levantarse el telón, cuando se oyeron las primeras frases, pareció que todo el techo se estremecía, y de escena en escena, de acto en acto, el entusiasmo creció, llegando al delirio, y el público parecía enorgullecerse de que un hombre pudiera ser tan grande. En todas las filas de butacas se derramaban lágrimas y cada vez que el telón caía empezaba una ovación.

Solo, según su costumbre, metido en uno de los palcos de los bastidores, Guillermo Portal escuchaba aquellos gritos delirantes que proclamaban su gloria... Y he aquí que, por contraste extraño, sorda inquietud turbaba su alma, algo parecido a la angustia de un remordimiento inexplicable.

Entre el tercer acto y el último salió del palco, sin objeto determinado, maquinalmente, y uno de los críticos más temidos le salió al paso.

—¡Bravo, maestro, bravo! Eso es grande, es sublime, pero...

—Pero...

—Pero... ¿No le parece que recuerda demasiado el procedimiento del pobre Lorenzo Desmoulins?... Claro está que en su obra hay algo más, cierto idealismo místico, algo que parece supraterrrestre...

Portal se estremeció y se limitó a contestar:

—Es posible...

Y se alejó.

Durante la representación del cuarto acto el triunfo aumentó todavía, y Guillermo Portal, en su rincón solitario, se entregaba a dolorosos pensamientos. En su cerebro germinaban ideas locas que en vano quería ahuyentar. Una obsesión dominaba su alma, balbucía palabras sin ilación, como si estuviese hablando con un ser invisible, y de pronto, pálido, extraviados los ojos y sus miembros agitados por ligero temblor, salió del palco, se metió por los bastidores y se apoderó del brazo del actor encargado de desempeñar el principal papel. Murmuró algunas palabras; el otro hizo ademán de protestar, pero Portal, enérgicamente, añadió:

—Así lo quiero, es justo.

—Sea —respondió el actor inclinándose—; pero, de todos modos, usted es el maestro...

Cuando terminó la última escena del drama, cuando todo el teatro trepidaba, desde las galerías altas hasta la platea, y una tempestad de aplausos salía de los palcos, y el público, presa de delirio, pedía a gritos el nombre del autor, el primer actor avanzó hasta las candilejas y dijo con voz clara:

—El drama que hemos tenido el honor de representar es original de Lorenzo Desmoulins, el malogrado poeta, y de Guillermo Portal.

Repentino estupor se apoderó del público: primero reinó un instante de silencio; luego se oyó un confuso rumor, y por fin una aclamación unánime, prolongada, rabiosa, llenó el teatro. Los dos nombres se repitieron de nuevo entre bravos y aplausos.

Y solo, en un rincón oscuro, Guillermo Portal creyó sentir que dos manos invisibles, dos manos de sombra, estrechaban las suyas.

b) *Bibliografía*

Obras de Maurice Montégut:

- L'Amour à crédit*, París, Offenstadt frères, 1901, 8.º Y² 54105.
Les Archives de Guibray, París, L'Illustration, 1901, 4.º Lc² 1459.
L'Arétin, París, E. Dentu, 1886, 8.º Yth. 22084.
Les Bienfaits de l'adultère, París, A. Lemerre, 1911, 8.º Y² 59266.
La Bohème sentimentale, París, Glady frères, 1875, Ye 28049.
Le Bouchon de paille, París, E. Dentu, 1894, 8.º Y² 48149.
La Chaîne des dames, París, A. Lemerre, 1911, 8.º Y² 58674.
Les Chevauchées de Joconde, París, P. Ollendorff, 1902, 3.º ed., 8.º Y² 53443.
Les Clowns, París, A. Lemerre, 1913, 8.º Y² 60326.
Dans la paix des campagnes, París, 13 rue Saint-Georges, s. d. 4.º Lc² 1549 ter.
Déjeuners de soleil, París, E. Dentu, 1891, 8.º Y² 45364.
Dernier cri, París, G. Charpentier y E. Fasquelle, 1895, 8.º Y² 49286.
Les Détraqués, París, P. Ollendorff, 1897, 8.º Y² 50602.
Don Juan à Lesbos, París, E. Dentu, 1892, 8.º Y² 46972.
Dramas: Lady Tempest. Les Noces noires. Le Fou. L'Hercule, París, G. Charpentier, 1883, 8.º Yf 43.
Entre les lignes, París, P. Ollendorff, 1884, 8.º Y² 7999.
L'Ennui, París, E. Dentu, 1890, 8.º Y² 44421.
Les Épées de fer, París, P. Ollendorff, 1904, 4.º ed., 8.º Y² 54339.
La Faute des autres, París, E. Dentu, 1886, 8.º Y² 8884.
Le Fétiche, París, F. Juven, 1898, 8.º Y² 51148.
Feuilles à l'envers, París, P. Ollendorff, 1894, 8.º Y² 49106.
Filles pauvres, París, P. Ollendorff, 1904, 8.º Y² 54366.
La Grande, París, P. Ollendorff, 1901, 8.º Y² 52605.
Le Geste, París, P. Ollendorff, 1896, 8.º Y² 49980.
La Grange-aux-Belles, París, E. Dentu, 1899, 8.º Y² 52111.
L'Île muette, París, E. Dentu, 1887, 8.º Y² 40006.
Le Mur, París, F. Juven, 1910, 8.º Y² 58536 (5).
L'Oeuvre du mal, París, E. Dentu, 1888, 8.º Y² 41592.
Du pain!, París, P. Ollendorff, 1907, 8.º Y² 55786.
Papiers brûlés, París, P. Ollendorff, 1906, 8.º Y² 55347.
La Peau d'un homme, París, E. Dentu, 1887, 8.º Y² 40209.
Petites gens et grands coeurs, París, A. Lemerre, 1912, 8.º Y² 59852.
Poésies complètes, París, G. Charpentier, 1883, 8.º Ye 246.
La Réincarnation de Christian Chaumette, París, P. Ollendorff, 1907, 8.º Y² 55861.
Romantique folie. Carabas, París, E. Dentu, 1889, 8.º Y² 42466.
Rosnhéro, París, P. Ollendorff, 1900, 8.º Y² 52109.
Rue des Martyrs, París, P. Ollendorff, 1898, 8.º Y² 50955.
Les Six Monsieur Dubois, París, E. Dentu, 1890, 8.º Y² 46277.
Trois filles et trois garçons, París, H. Floury, 1899, 8.º Yc pieza 6021.
L'Usurier, París, P. Ollendorff, 1904, 8.º Y² 54602.

IX. EMILE MOSELLY

a) *El huésped mudo*

Una noche la puerta quedó entreabierta.

Un visitante misterioso entró en la casa. No hizo ruido, sus pies no tocaron el umbral, y su sombra no se confundió con las sombras diáfanas que se dibujaban en las paredes. Nadie vio la corona de verbena que ceñía su frente. Y, sin embargo, el huésped real y mudo entró. No hizo más que levantar la mano, y todos los tesoros de felicidad se derrumbaron y la casa se hundió como si el fuego, calcinando sus muros, hubiese reducido a cenizas el armazón que sostenía el tejado, que se vino abajo en medio de un torbellino de chispas.

Y la abuela murió, la pobre y buenísima abuela que sacaba del armario las perfumadas manzanas y amasaba con sus manos la harina en los días que se encendía el horno.

En el alma de los niños se encuentra tan grande abundancia de vida, que esta palabra, la muerte, no tiene sentido para ellos. Todo lo más, en el alma del niño despierta vaga curiosidad, y la forma rígida que se dibuja bajo la envoltura del sudario evoca sencillamente la idea del sueño.

Muchos, muchos años se necesitan para que esta palabra adquiriera su significación de espanto. No, ni en las embriagadoras horas de la adolescencia, el hombre puede distinguir esta sombra siniestra que procede de cimas desconocidas, y que, llegando hasta sus pies, se extenderá como una ola y ahogará poco a poco el tumulto de la vida.

Con todo, el dolor de los vivos sorprende al niño porque es real, y este dolor no se escapa a la adivinación de su delicada sensibilidad.

El abuelo, sentado junto al atrio, a la pequeña mesita en la cual todas las mañanas tomaba el desayuno, no decía una palabra. Ni una protesta, ni un grito de rebelión se escapaba de sus labios. El temperamento sencillo de los hombres de campo, poco demostrativos, encuentra formidable dosis de resignación infinita en su lucha contra la tierra y contra las intemperies del cielo.

El abuelo parecía un extraño en su casa, y esto era más triste que todo lo demás. Por la habitación contigua iban y venían unas mujeres que abrían armarios y revolvían la ropa blanca que en ellas encontraban. Se impacientaban, y a sus preguntas el abuelo respondía con voz lejana, como si todos aquellos cuidados no le importasen, como si todavía fueran privilegio de la que había muerto.

En la otra habitación una forma se dibujaba bajo una blanca sábana. Una ramita de boj, metida en un vaso de agua, veíase encima de una mesa, y los que velaban a la muerta hablaban bajo, muy bajo; andaban lentamente, y no parecía sino que invisible presencia llenaba la casa.

El abuelo, fijando los ojos soñadores en la mesa, que aún conservaba la huella de los vasos, murmuró estas sencillas palabras:

—Es el primer disgusto que me da.

Y luego, resignado, bajó la cabeza.

* * *

Después de la muerte de la abuela parecía otro: ni sollozaba ni se encerraba en su cuarto. Como antes, iba a las viñas, podaba las cepas, segaba los campos de cebada. Pero su corazón estaba ausente. El modo como hacía estas cosas, la precisión misma con que las ejecutaba, denunciaba que su pensamiento estaba lejos, muy lejos. Ni sabía ni podía explicar lo que le ocurría, y cuando se le preguntaba con insistencia, se limitaba a contestar:

—Es más fuerte que yo.

Pero cuando veía la mesa con el sitio vacío, cuando en el jardín encontraba una planta que la abuela hubiese plantado, movía la cabeza, miraba de lado y se encerraba en un silencio terriblemente significativo.

A veces se equivocaba; sus ideas se embrollaban, y hablaba de su mujer como si hubiese vivido todavía.

Luego hablaba de su fin cercano como de una cosa necesaria, esperada, que le dejase indiferente. Y al fijarse en su chaqueta, llena de remiendos, decía:

—¡Bah! Durará más que yo.

Las miserias de la vida, las borrascas, las heladas y las tempestades no le arrancaban una queja. Todo lo aceptaba pasivamente; había cambiado, y casi con entonación egoísta repetía:

—Los jóvenes se arreglarán.

Y siempre, constantemente, estas frases desoladoras y desoladas asomaban a sus labios como una obsesión:

—¡Ni por un cigarro querría volver a empezar la vida!...

Cuando queríamos animarle, hacerle reír, referirle las cosas que en otros tiempos habían hecho sus delicias, nos miraba fijamente, con mirada estúpida, y nunca sabíamos si iba a enfadarse o si iba a reírse...

Y ni se enfadaba ni se reía. Se fijaba en el sitio vacío que estaba a su lado.

Y con esto, ningún miedo a la muerte. La esperaba con firmeza, y, al parecer, su cara se le animaba risueña. Y esto, cuando se piensa en ello, es muy triste. Preciso era que la existencia hubiese sido durísima para aquel pobre viejo, pues se disponía a salir de ella, con despreciativa resignación.

Más tarde, en la vida se ha de encontrar el terror a la muerte, el terror que la muerte inspira a los dichosos, a aquellos que cuentan con los gozos de la vida para tener algún apego al mundo.

Pero el abuelo sólo tenía en las manos su pipa, nada más que su pipa negra y vieja...

Todo el mundo sabía que iba a morir porque él quería morir.

Y así fue, que el suceso no sorprendió a nadie.

Una tarde, en la viña, cogió frío, y se acostó, convencido de que para él todo había terminado. Fueron a buscar al médico, pero el abuelo se encogió de hombros, y, meriendo la cara entre las almohadas, fingió que se dormía.

Y murió al despuntar el alba, a la hora en que los labradores, con los útiles del trabajo al hombro, se van a trabajar la tierra.

Una muerte como ésta en nuestros campos no hace más ruido que el estallido de un grano maduro. El barullo de la vida universal se lleva ese aliento, esa burbuja de aire que revienta apenas se toca.

Y fue preciso vender la casa.

La compró un maestro de obras, que trajo todo un cortejo de carros y carretas.

La maciza rueda de los volquetes rayó las paredes, y los zapatos con clavos de los obreros arañaron las planchas de pino del pavimento, que en tiempos de la abuela se lavaba con agua y jabón y se cubría con finísima arena.

La pobre casa ante aquel tumulto de gentes a las cuales no conocía pareció asustada. Luego, el maestro de obras se fue y la cerró. Entonces el aspecto de la casa, con su fachada que se desconchaba, y el tejado del cual todos los días se caía una nueva teja, fue lamentable. El corazón de la casa había dejado de palpitar: el corazón vibrante, enervado, que se ensanchaba para contenernos a todos a medida que los hijos iban naciendo, ese corazón cuyos latidos provocaban poderosas oleadas de vida, de risas cristalinas, balidos de corderos y cantos de gallos que semejaban toques de clarín.

Algunas veces he vuelto a pasar los umbrales de esa casa.

Manos misteriosas, apoyándose en mi hombro, me han hecho estremecer. Y cada uno de mis pasos, al resonar en el pavimento de los pasillos, han levantado torbellinos de ruidosas sombras.

b) Bibliografía

Obras de Émile Moselly:

- Contes et récits du XIX^e s.*, por Armand Weil y Émile Chénin, París, Laroussc, 1913, 8.º Z 19106.
L'Aube fraternelle, París, 8 rue de la Sorbonne, 1902, Cahiers de la Quinzaine, 4.ª serie, Cahier de la Toussaint, 8.º Z 15709.
Contes de guerre pour Jean-Pierre, París, Berger-Levrault, 1918, 8.º Z 20447(10).
Les Étudiants, París, P. Ollendorff, 1914, 2.ª ed., 8.º Y² 61941.
Fils de gueux, París, A. Michel, 1929, 8.º Y² 74644.
Le Français de nos enfants, por Armand Weil y Émile Chénin, Touloussc, E. Privat, 1911, 8.º R 21345(8).
George Sand, París, Éds. d'art et de littérature, 1911, 8.º Ln²⁷ 54883.
Les Grenouilles dans la mare, París, A. Michel, 1920, 8.º Y² 64405(3).
La Houle, París, Bourrelier-Chimères, 1931-32, 8.º Y² 77866.
Jean des Brebis, ou le Livre de la misère, París, 8 rue de la Sorbonne, 1904, Cahiers de la Quinzaine, 5.ª serie, cahier du 1.º mai, 8.º Z 15709.
Joson Meunier, histoire d'un paysan lorrain, París, P. Ollendorff, 1910, 8.º Y² 59250.
Le Journal de Gottfried Mauser, París, P. Ollendorff, 1916, 8.º Y² 62728.
Lucien Descaves, París, E. Sansot, 1909, 8.º Ln²⁷ 54539.
Les Retours, les balcons, le soldat, París, 8 rue de la Sorbonne, 1906, Cahiers de la Quinzaine, 7.ª serie, cahier 19, 8.º Z 15709.
Le Rouet d'ivoire, enfances lorraines, París, 8 rue de la Sorbonne, 1907, Cahiers de la Quinzaine, 9.ª serie, cahier 4, 8.º Z 15709.
Terres lorraines, París, Plon-Nourrit et Cie, 1907, 8.º Y² 56006.
La Vie lorraine, contes de la route et de l'eau, París, Nouvelle Librairie nationale, 1908, 8.º Z 17166.

Obras sobre Émile Moselly:

- A. V.: «Le Chantre du Tulois, Émile Moselly», *L'Avenir Tulois*, 1 enero 1949.

- BARJAC, Claude: «Nos débutants d'hier: Émile Moselly», *Grande Revue*, t. 138, 1932.
- BOUCHOT, Léopold: «Moselly chez ses paysans», *Pays Lorrain*, 1927, págs. 305-309.
- COLLIGNON, Charles: «Moselly, chantre de la Lorraine», *Pays Lorrain*, 1920, página 145-154.
- DAUDIER, Charles: «Émile Moselly», *Pays Lorrain*, 1919, pág. 497-504.
- DEMAROLLE, Pierre: «Aspects linguistiques et sociaux du régionalisme littéraire. L'exemple de Moselly», *Littératures et langues dialectales françaises*, Actes du Colloque de Trèves du 17 au 19 mai 1979, Hamburgo, Busje, 1981, págs. 135-147.
- MULLER, Jean: «Un peintre de la vie lorraine, rustique et militaire, Émile Moselly», *La Vie*, 16 agosto 1913, págs. 183-185.
- SCHEFFLER, Hippolyte: *Deux auteurs lorrains: L. Bertrand, Émile Moselly*, Nice, Floréal, 1909.

X. TANCRÈDE MARTEL

a) *Días de gloria*³²

Hacia los primeros días de abril de 1796, o para hablar según el estilo de aquella época, en la primavera del año quinto de la República Francesa, una e indivisible, los rayos jugueteros del sol penetraban en la quinta del conde Luis de Vaufrèges en Montredon, no lejos de la bulliciosa ciudad de Marsella. Un espacioso vestíbulo adornado con trofeos de diversas armas y cabezas de ciervo conducían al saloncito que servía de escritorio al conde y en el cual acababa éste de sentarse; por la ventana entreabierta divisábase a lo lejos el mar azul surcado por blanquísimas espumas, y a falta de navíos las islas de Ratonneau y Pommegues ofrecían a la imaginación el espectáculo original de dos enormes cetáceos que navegasen de conserva (*sic*). Blanca, pero abundante cabellera, peinada al uso de la corte, flotaba sobre los hombros del robusto sexagenario y en nada desdecían de su gravedad y distinción los gastados arreos de caza que llevaba: casaca de color verde oliva y botones de nácar que remataban en brillantes cabecitas de lobo jadeante, botas datiladas, gorra de terciopelo negro y fusil de chispa de largo alcance. Un rústico sirviente ya entrado en años penetró respetuosamente en la estancia, saludó al amo y en silencio le entregó una caña, vehículo de comunicación epistolar que habían inventado el conde para despistar los numerosos Argos del Directorio.

Cuidadosamente retiró éste la carta que contenía, volvió la caña al jardinero, no sin gesto de maliciosa satisfacción, leyó en seguida la epístola con el mismo aire impasible y grave con que diez años antes recorría rápidamente en su palacio de Aix las peticiones del pueblo, como intendente general de la Provenza; y terminada la lectura entregó también su fusil a maese Bertrand o Messidor, que por ambos nombres conocíase al viejo jardinero, indicándole ligeramente con la mano que se retirase.

Largo rato se paseó el conde a lo largo del salón, dirigiendo de tiempo en tiempo, y como maquinalmente, las miradas al hermoso reloj, obra del artífice Boule, que

³² Al no existir texto de T. Martel en la *Ilustración*, he seleccionado éste correspondiente al inicio de *Le Prince de Hanau*, en la versión realizada por Cesario G. Carrillo y publicada como *Días de gloria*, en 1909, en París.

Luis XV había regalado a la condesa de Vaufrèges en prenda de particular estimación por ser una de las familias más pudientes y acatadas del mediodía. A esa deferencia debía don Luis el haber sido sacado de pila por el rey en persona y obtenido los codiciados empleos de escudero del rey, gentilhombre de cámara y, por fin, en 1763, después de diez años de dorada esclavitud en Versalles y Fontainebleau, el de intendente de su país natal. Fue este último cargo la recompensa de sus lisonjas a Madama de Pompadour, calificadas bajo el eufemismo de «petits soins», y acaso también de la admiración a Voltaire, Diderot y D'Alembert acompañada de cierta afición al mando.

b) *Bibliografía*

Obras de Tancrède Martel:

- L'Afrancesada*, París, «Le Monde illustré», 1909, 8.º Y² 58980.
Au Palais Cardinal, comedia en un acto, en verso (Comédie Française, 6 junio 1908), París, P. V. Stock, 1908, 8.º Yth. 33089.
Blancaflour, histoire du temps des papes d'Avignon, París, P. Ollendorff, 1908, 5.ª ed. 8.º Y² 56729.
Ce que coûtent les rêves, París, A. Lemerre, 1921, 8.º Y² 66257.
Châteaux en Espagne, París, H. Falque, 1911, 4.ª ed., 8.º Y² 58952.
La Deesse vaincue, París, A. Lemerre, 1927, 8.º Y² 73552.
Dona Blanca, épisodes des guerres d'Espagne, París, E. Flammarion, 1904, 8.º Y² 40971(453).
La Flûte du chevalier Pèbre, París, E. Figuière, 1914, 8.º Y² 61047.
Les Folles ballades, París, A. Quantin, 1879, Ye 3519.
L'Heure de l'amour, París, la Renaissance du livre, s. d. 8.º Y² 58555(184).
L'Homme à l'hermine, París, M. Dreyfous, 1886, 8.º Y² 9875.
L'Intrigue dans l'amour: le duc d'Epemon, París, A. Lemerre, 1925, 8.º Ln²⁷ 61751.
Léguée par amour, París, A. Michel, 1925, 8.º Y² 70263.
Loin des autres, París, E. Fasquelle, 1909, 8.º Y² 57185.
La Main aux dames, París, E. Giraud, 1885, 8.º Y² 8681.
La Parpaillotte, París, E. Flammarion, s. d. 8.º Y² 40971(232).
Les Poèmes à tous crins, París, A. Lemerre, 1887, 8.º Ye 1645.
Le Prince de Hanau, París, P. Ollendorff, 1907, 8.º Y² 56486.
Días de gloria, versión de Cesario G. Carrillo de la obra anterior, París, P. Ollendorff, 1909, 8.º Y² 57915.
La Prise du bandit Mosca, París, E. Flammarion, 1907, 8.º Y² 40971(481).
Rien contre la patrie, París, P. Ollendorff, 1910, 8.º Y² 58046.
La Tant aimée du Roi, París, P. Ollendorff, 1909, 8.º Y² 57575.
La predilecta del rey, versión de Julián Hormaechea de la obra anterior, París, P. Ollendorff, 1913, 8.º Y² 60979.
La Tuile d'or, París, E. Flammarion, 1906, 8.º Y² 40971(472).
Un galant chevalier: le général Lasalle, París, A. Lemerre, 1929, 15 ed., 8.º Ln²⁷ 63359.

Obras sobre Tancrède Martel:

- BELLEUDY, Jules: *Tancrede Martel, poète et romancier*, París, Éd. du Provençal de París, 1912, 8.º Ln²⁷ 69499.